



COMILLAS

UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Grado en Relaciones Internacionales

Trabajo Fin de Grado

**El declive del Panarabismo
tras la Guerra Fría y su
impacto regional de
Oriente Medio:
el ascenso de las
Monarquías del Golfo**

Estudiante: **D.ª María Errahmouni-Lakmyti Torres**

Director: Prof. D. Gonzalo Gómez de la Calle

Madrid, abril de 2024

Resumen

La región de Oriente Medio, históricamente conocida por su dinamismo político se caracteriza por un paisaje en constante transformación. Este estudio analiza la complejidad de esta área geográfica, donde los cambios de poder y los realineamientos estratégicos están a la orden del día. Comenzando con la pugna de influencias entre la Unión Soviética y Estados Unidos durante la Guerra Fría, donde se entrelazan intereses estratégicos y energéticos. Se analiza la progresión del panarabismo, marcada por el ascenso de Nasser y la relevancia del Partido Baath, y se señala una peculiaridad: que la gestión política y la toma de decisiones regionales se concentraban principalmente en las capitales intelectuales como Bagdad, Beirut, Damasco y El Cairo. Sin embargo, tras la caída de la Unión Soviética, el descubrimiento del petróleo en el Golfo Pérsico, la hegemonía estadounidense y la invasión de Irak en 2003, se reconfiguran las alianzas erosionando así la ya tenue cohesión regional que quedaba. Este análisis se extiende a las Primaveras Árabes como una demostración de la volatilidad política de la región para las élites gobernantes, mientras que los Acuerdos de Abraham se interpretan como una manifestación de una nueva diplomacia pragmática adoptada por las potencias del Golfo. Este estudio examina cómo estos factores han impulsado un cambio de poder y la creciente influencia de dichas monarquías y como están redefiniendo el escenario político tradicional de la región. Por último, se reflexiona sobre el impacto de los recursos naturales y la transición hacia la energía renovable, dilucidando su probable influencia en el escenario político futuro de la región.

Palabras clave: Panarabismo, Guerra Fría, Monarquías del Golfo, Unión Soviética, Estados Unidos, Primaveras Árabes, Acuerdos de Abraham, Petróleo

Tabla de contenidos

Capítulo I: Introducción	5
Finalidad y motivos	6
Estado de la cuestión	8
Marco Teórico	14
Realismo	14
Panarabismo	17
Objetivos y preguntas	21
Metodología del trabajo	22
Capítulo II: Análisis y discusión	23
Evolución del panarabismo durante la Guerra Fría	25
1979; el año que lo cambió todo	26
Petróleo y poder	27
Disolución de la Unión Soviética	29
Primaveras árabes (2011)	31
Acuerdos de Abraham (2020)	33
Diversificación económica	35
Capítulo III: Conclusiones y propuestas	38
Anexo I: Entrevista con Bernabé López García	42
Anexo II: Entrevista con Ignacio Álvarez-Ossorio	50
Bibliografía	64

Índice de figuras

Tabla 1: Cronología de la independencia 1	8
Figura 1: Presencia militar de Estados Unidos 1	30

Capítulo I: Introducción

من المحيط الى الخليج
Del océano al Golfo

Las vastas y aparentemente infinitas olas del desierto no solo son transportadas consigo arena y viento, sino también, como testigos mudos, la historia de un pueblo cuya unidad se cimienta en la lengua, la cultura y la identidad. La identidad árabe es asemejada a las dunas, que, a pesar de su aparente inmutabilidad, también exhiben una cambiante continuidad en medio de la variabilidad.

La diversidad y riqueza dialectal presente en los países árabes es reflejada en la multiplicidad de las identidades árabes, donde cada nación contribuye con su propia singularidad al mosaico regional. Así como un libanés y un sirio pueden entenderse en sus respectivos dialectos, se plantea que el *dariya*, un dialecto magrebí enriquecido por influencias beréberes, francesas y españolas puede plantear un desafío lingüístico para los habitantes del Levante. Esta diversidad dialectal, que refleja la heterogeneidad de la identidad árabe, invita a una apreciación más profunda de la riqueza y complejidad de Oriente Medio.

De manera similar, esta diversidad es evidenciada en la geopolítica regional de Oriente Medio. Especialmente marcada por la Guerra Fría, que estuvo caracterizada por un período de intensos intereses estratégicos, alineamientos políticos y búsqueda de alianzas causados por la rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética. En este contexto, la identidad árabe se convirtió en un elemento susceptible de ser instrumentalizado por diversos actores con el fin de obtener beneficios que van desde ventajas económicas hasta la consolidación de una posición más predominante en la región.

A continuación, será expuesta la finalidad y motivos de este estudio académico.

Finalidad y motivos

El interés de la autora de este estudio por el tema y por Oriente Medio, en especial, surge de una amalgama de motivaciones que se dividen en dos vertientes. En primer lugar, como estudiante de Relaciones Internacionales con raíces marroquíes, le resulta interesante la postura que España adopta en relación con los países árabes, evidenciando una inclinación notablemente pro-árabe en contraste con otros países europeos. Un ejemplo, entre tantos, de esta dinámica, es la Conferencia de Madrid en la década de los noventa, la cual se erigió como un esfuerzo de mediación entre Palestina e Israel. Este posicionamiento de España no solo obedece a motivaciones históricas, como la presencia musulmana en la península ibérica durante el período de Al-Ándalus o la expulsión de los judíos sefardíes, sino también a consideraciones políticas, derivadas particularmente del régimen dictatorial del general Franco. El aislamiento de España de la comunidad internacional durante dicho periodo condujo a una aproximación más cercana a los países árabes y, especialmente a las monarquías del Golfo.

Por otro lado, la autora también ha tenido la oportunidad de vivir y pasar largos periodos de tiempo en países como el Líbano, Marruecos y Catar, lo que le ha llevado a contemplar con asombro cómo, a pesar de ser todos árabes, las diferencias pueden ser tan marcadas. Ha sido testigo de cómo estas pueden tomar formas diversas, influenciadas por intereses nacionales de cada país. Esta reflexión le ha impulsado a profundizar en el fenómeno del cambio paradigmático del orden regional en la dinámica de poder en Oriente Medio. Es por esta razón que esta investigación, con humildad y modestia, tiene como objetivo principal arrojar luz sobre el cambio significativo en las alianzas en Oriente Medio.

Esta región ha sido testigo de importantes acontecimientos cuyas repercusiones se remontan desde la guerra de los Seis Días en 1967, liderada por Egipto, momento en el que se forjó un episodio de unidad árabe frente a un enemigo común, Israel. Pasando por la unión efímera entre Egipto y Siria, bajo el nombre de la República Árabe Unida, que más tarde pasaría a denominarse los Estados Árabes Unidos tras la unión del Reino de Yemen. Esta unión, aunque breve, reflejó los esfuerzos por consolidar una identidad y una fuerza conjunta entre naciones árabes. Durante este período, se consolidó un epicentro de ideologías firmes, principalmente basadas en el partido *baathista* y lideradas por figuras influyentes como Nasser en Egipto,

Gadafi en Libia, Saddam Hussein en Iraq, y la familia al-Assad en Siria. Estos fueron capaces de ejercer un control significativo en la región, influenciando políticas internas y externas y dejando en segundo plano a los países de la península arábiga. Hasta llegar a los Acuerdos de Abraham en 2020, firmados en Washington, liderados por los Emiratos Árabes Unidos y bajo la sombra de Arabia Saudí. Estos acuerdos marcaron un cambio radical en la postura regional al iniciar la normalización de relaciones con su histórico enemigo, Israel. Este hito histórico, promovido por la Administración de Trump, reflejó una reevaluación de las prioridades y alianzas en la región, así como un paso hacia una supuesta estabilidad y cooperación en un contexto geopolítico complejo.

La premisa central, por tanto, de este estudio radica en el análisis del cambio paradigmático que ha tenido lugar en las políticas regionales árabes; específicamente en cuanto al desplazamiento de principios arraigados bajo el paraguas del panarabismo y, hacia la normalización de relaciones con Israel, impulsada por las monarquías del Golfo. Estos principios, inherentemente ligados al anti-sionismo y a la lucha por la causa palestina, han conformado tradicionalmente el núcleo ideológico de las antiguas capitales árabes. El panarabismo, concebido como una ideología destinada a unificar los pueblos árabes, ha permeado tanto las políticas estatales como el sentimiento colectivo de los ciudadanos árabes a lo largo del tiempo. La simbología de esta transición se manifiesta entre otras formas, en la bandera siria, que ostenta dos estrellas representativas, una de Egipto y otra de Siria, simbolizando la unidad que hubo dentro de la República Árabe Unida. Es desconcertante, por tanto, observar cómo un país como Siria, inmerso en una guerra civil devastadora, carece del apoyo mínimo de un aliado histórico como Egipto. Esta disonancia refleja la ruptura de los principios panarabistas que históricamente habían guiado las políticas de la región.

El cuestionamiento de estos principios se intensifica a medida que las monarquías del Golfo persiguen una diversificación de sus alianzas. La irrupción de la Primavera Árabe en el norte de África y en Oriente Próximo ha actuado como un catalizador de este cambio, obligando a estos países a reevaluar sus estrategias y vínculos internacionales. Este fenómeno ha podido propiciar la transformación de estas monarquías en actores globales, cuyos intereses trascienden las fronteras regionales para abarcar el ámbito mundial en su totalidad. Asimismo, la firma de los acuerdos de Abraham marcó un desplazamiento en las influencias de poder en

la región, haciendo que las monarquías del Golfo asuman un papel más protagonista y desafiando la narrativa tradicional de unidad árabe en la región. Este cambio paradigmático ya se había gestado antes de los Acuerdos, especialmente con las Primaveras Árabes en 2011, que no solo desencadenaron una ola de protestas populares, sino que también revelaron una creciente diversidad de intereses y orientaciones políticas en la región. Las monarquías del Golfo, en su búsqueda por consolidar su influencia regional, se encontraron en una posición única para moldear el panorama político de Oriente Medio, contribuyendo así a un cambio paradigmático que esta investigación se propone explorar en mayor profundidad.

Estado de la cuestión

Los países árabes, en su configuración contemporánea, se caracterizan por una experiencia breve. Previamente, se hallaron subyugados por el dominio de diversas potencias extranjeras, entre las cuales figuran el Imperio Otomano y tras su caída en 1924, por las potencias europeas. La independencia de la mayoría de los Estados de Oriente Medio respecto a la colonización europea se materializó en la segunda mitad del siglo XX.

Tabla 1: Cronología de la independencia de los países de Oriente Medio y el Norte de África

AÑO	INDEPENDENCIA DE	ESTADO
1932	Imperio Otomano	Arabia Saudí
1932	Reino Unido (Mandato)	Irak
1943	Francia (Mandato)	Líbano
1946	Reino Unido (Mandato)	Jordania
1946	Francia (Mandato)	Siria
1948	Reino Unido (Mandato)	Palestina - Israel
1951	Italia	Libia
1953	Reino Unido	Egipto
1956	Francia y España (Protectorado)	Marruecos
1956	Francia (Protectorado)	Túnez
1962	Francia (Protectorado)	Argelia
1967	Reino Unido	Kuwait

1967	Reino Unido	Yemen
1971	Reino Unido (Protectorado)	Bahréin
1971	Reino Unido (Protectorado)	Catar
1971	Reino Unido (Protectorado)	Emiratos Árabes Unidos
1971	Reino Unido (Protectorado)	Omán

Elaboración propia. Fuente: (Gil, 2020)

Los Estados árabes surgieron como resultado de una resistencia nacional contra la colonización, con sus líderes provenientes de estos movimientos, los cuales una gran mayoría estaban influenciados por ideologías panarabistas. El panarabismo, una ideología que abogaba por la unidad y la cooperación entre los Estados árabes, así como de resistencia contra el yugo colonial, ejerció una notable influencia en la política de la región durante la Guerra Fría, particularmente bajo líderes como Gamal Abdel Nasser en Egipto. Esta cooperación y unidad se materializaron en un proyecto de amplias aspiraciones, como la Liga Árabe.

La Liga Árabe, también conocida como la Liga de los Estados Árabes, se formó en 1945, el mismo año en que se fundó la Organización de las Naciones Unidas (ONU), de esta manera, se convirtió en una de las primeras organizaciones regionales (Palomino, 2021). Uno de los requisitos para ser miembro de la Liga es que el árabe sea idioma oficial del país. Así que con este requisito son miembros 22 países desde todo el Magreb hasta al Mashreq, incluyendo países como Somalia, o Sudán. Entre los objetivos que tienen es la cooperación económica y militar, y se renuncia a la violencia como medio para resolver conflictos, y sobre todo establecían un embargo contra productos Israelíes. Puesto que la causa palestina siempre ha suscitado la solidaridad entre los países árabes. En 1964, decidieron crear la Organización para la Liberación Palestina. Sin embargo, tras un nuevo revés devastador tras la guerra de los Seis Días (1969), se reunieron en la cumbre de Jartum, conocida por sus tres “noes”: no al reconocimiento, a la paz o a la negociación con Israel (Colomer, 2020). A raíz de esta cumbre, la liga suspendió a Egipto como miembro en 1979, después de que firmara un acuerdo de paz con Israel en los Acuerdos de Camp David en 1978.

No obstante, a pesar de esta soñada unión entre los Estados Árabes, el panarabismo y sus políticas sufrieron una disminución significativa debido a múltiples factores relacionados y no

han seguido una trayectoria uniforme. Las ambiciones territoriales individuales, las cambiantes alianzas de la Guerra Fría y las rivalidades intra-árabes han influido en estas actitudes y en las relaciones entre los Estados miembros. Por un lado, las divisiones internas que abarcaban diferencias ideológicas, étnicas y sectarias, debilitaron la noción de una identidad árabe unificada, especialmente en el Líbano, Iraq y Palestina. Además, la injerencia de países extranjeros durante la Guerra Fría como posteriormente, incrementó las tensiones y dificultó los intentos por alcanzar esta unidad deseada. Según argumenta Gema Martín Muñoz, arabista española y docente de Sociología del Mundo Árabe e Islámico en la Universidad Autónoma de Madrid y visitante en la Universidad de Harvard en su artículo *Nacionalismos y Naciones Árabes*, *“las potencias europeas, particularmente Francia, tejieron toda una densa red de “lealtades”, convertidas en clientelas, en nombre de sus intereses nacionales y bajo el pretexto de la protección de minorías cristianas de Oriente Medio (y la instrumentalización de la identidad kurda más tarde). Todo ello trajo consigo la ruptura de la convivencia entre poblaciones que habían vivido mezcladas, así como proyectos de nación confrontados, con el caso del Líbano e Iraq como paradigma”* (Muñoz, 2020).

Por otro lado, los fracasos políticos y militares, como la derrota en la Guerra de los Seis Días en 1967 y la Guerra del Yom Kippur en 1973, así como la falta de éxito para lograr una solución equitativa al conflicto palestino-israelí, afectaron negativamente la credibilidad tanto del panarabismo como de los líderes que lo respaldaban. Según expone Josep Piqué, ex ministro de varias carteras incluida la de asuntos exteriores y, experto en el mundo árabe argumenta que estos elementos, en conjunto, contribuyeron al declive del panarabismo como una fuerza política predominante en la región. Piqué señala que *“La ruptura definitiva del sueño panárabe viene de la mano de Saddat, después de la guerra del Yom Kippur, en 1973, que termina prácticamente en tablas y que lleva a Saddat a alejarse de la Unión Soviética y acercarse a EEUU. La conclusión fue la Paz de Camp David entre Israel y Egipto, la ruptura del bloque árabe y el abandono del liderazgo mantenido hasta entonces por Egipto. A ese nuevo alineamiento se sumaría Jordania en 1994. {...} a Saddat tal audaz movimiento le costó que la Liga Árabe expulsara a Egipto y se desplazara de El Cairo a Túnez; y también su propia vida en manos de un militante islamista en 1981”* (Piqué, 2021)

Según argumenta el catedrático español Pedro Martínez Montavez, reconocido por sus estudios sobre la cultura árabe, el declive del panarabismo provocó un vacío de liderazgo en la región que fue cubierto otros tipos de sentimientos. Martínez Montavez (2009) sostiene que *“Lo que parece fuera de duda es que el colapso del nacionalismo árabe, observable desde finales de la década de los sesenta del pasado siglo, y acelerado durante las siguientes, favoreció el resurgimiento del Islam político en un amplio abanico de modalidades y variantes”*. Catar ha desempeñado un papel en esta expansión, y es evidente que desde el inicio de las Primaveras Árabes ha comenzado a distanciarse de la influencia saudí. Según argumenta, Ignacio Álvarez Ossorio (2021), catedrático de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad Complutense de Madrid, *“una de las tendencias que la Primavera Árabe no ha hecho más que agravar ha sido la progresiva emancipación de los distintos emiratos del golfo de la tutela saudí. En las últimas décadas, Emiratos Árabes Unidos y Catar se han transformado en actores extraordinariamente dinámicos que han logrado extender su poder e influencia al conjunto de la región”*. En particular, Catar mostró desde el inicio su apoyo a las revueltas, convencido de que el movimiento del islamismo político, inspirado en el modelo de los Hermanos Musulmanes, no solo representa una fuerza política significativa, sino que también está destinado a desempeñar un papel crucial en el mundo árabe. La creciente rivalidad por el liderazgo regional, evidenciada por las diferencias entre estas monarquías sobre las estrategias de gestión de las Primaveras Árabes, se manifestó claramente en el bloqueo diplomático liderado por Arabia Saudí contra Catar. Esto provocó la aparición de nuevos escenarios que se fueron delineando en varios países de la zona, particularmente en Túnez, Egipto, Siria, Yemen y sobre todo en Libia. Evidenciando la creciente influencia de las monarquías del Golfo en toda la escena árabe, incluidas las regiones del Magreb y del Sahel.

Las monarquías del Golfo, en parte influenciadas por Arabia Saudí, han estado históricamente vinculadas a estructuras sociales tribales arraigadas, lo que les ha permitido resistir en cierta medida la influencia colonial. Este fenómeno es particularmente notable en el caso evidente de Arabia Saudí donde la resistencia liderada por los Ibn Saud y su ideología wahabí contribuyeron al establecimiento del Estado saudí. Este régimen se caracteriza por un equilibrio entre lo religioso y militar, donde el Corán tiene un estatus oficial como la constitución del reino y la participación y representativa es limitada. Itxaso Domínguez de Olazábal es la Coordinadora del Panel de Oriente Próximo y Norte de África de la Fundación

Alternativas, además de ser profesora asociada en Estudios Internacionales en la Universidad Carlos III, argumenta que *“En lo que a la religión respecta, la alianza centenaria entre los Saud y el wahabismo, y la presencia de los dos lugares sagrados para el islam en territorio saudí, han permitido al régimen saudí servirse del islam para legitimar decisiones ante sus nacionales, y ejercer cierta influencia en gran parte del mundo árabe y musulmán. El papel de liderazgo que pretende protagonizar Arabia Saudí en todo Oriente Próximo y demás áreas con presencia del islam se justifica recurriendo a la cosmovisión wahabita que impregna la acción internacional de una retórica excepcionalista. Los axiomas del wahabismo se erigen en cimientos de un panorama religioso”* (De Olazábal & Martínez, 2021)

La dinámica de liderazgo en Oriente Medio ha experimentado cambios notables con la aparición de las monarquías del Golfo como actores claves, debido a sus vastas reservas de petróleo y gas. Gracias a su considerable riqueza económica derivada de estos recursos, estas monarquías han logrado desarrollar economías robustas y llevar a cabo políticas de influencia en la región. Además, disfrutaban de cierto grado de estabilidad relativa en comparación con otros países de la zona, lo que les ha otorgado la capacidad de ejercer influencia en los asuntos regionales. Por otro parte, sus estrechas alianzas con países occidentales, particularmente con Estados Unidos, han sido sólidas, brindándoles respaldo tanto diplomático y militar.

Sin embargo, la dinámica de liderazgo en esta región no se ha definido por un solo actor, sino que varios estados y actores han buscado erigirse como líderes regionales a raíz de eventos significativos en la región. A continuación, David Hernández Martínez (2023), profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad Complutense de Madrid y miembro del grupo de investigación de la complutense sobre el Magreb y Oriente Medio (GICMOM), establece varias etapas *“Por un lado, una primera fase de transición entre el año 2000 y 2010, donde quedan como grandes focos de inestabilidad la guerra en Irak de 2003, el programa nuclear de Irán y la cuestión palestina. Por otro, un segundo periodo desde 2011 hasta 2020, que está representado por las revueltas antiautoritarias conocidas como primavera árabe, que constituyen un punto de inflexión en el entorno. Por último, los efectos sociales y económicos de la pandemia del coronavirus inician un nuevo ciclo en el área, que está definido por una desescalada de los principales puntos de tensión y conflictos locales”*

A estas etapas se le suma cuatro potencias regionales que compiten por mayor influencia y poder: Israel, Arabia Saudí, Turquía e Irán. Mehran Kamrava (2018), profesor del Centro de Estudios Internacionales y Regionales, de la Escuela de Servicio Exterior de la Universidad Georgetown en Catar, argumenta que *“Israel y Arabia Saudí, pretenden proteger el statu quo. Turquía e Irán, por su parte, se consideran potencias contrahegemónicas y pretenden desafiar el orden y la jerarquía mundiales diseñados por Occidente. Estas tensiones e inestabilidad regionales se ven alimentadas por la competencia entre naciones que buscan ampliar su influencia”*

Marco Teórico

Realismo

Las teorías en las relaciones internacionales cumplen múltiples funciones esenciales en el estudio y comprensión de los asuntos globales. En primer lugar, sirven como marcos conceptuales que ayudan a explicar por qué ocurren ciertos eventos y fenómenos en el ámbito internacional, como lo hace el realismo, que postula que los Estados buscan principalmente su propia seguridad y poder relativo en un sistema anárquico. Estas teorías proporcionan modelos analíticos que permiten entender las complejas interacciones entre actores estatales, organizaciones internacionales y otros agentes globales. Además de su función explicativa, también tienen un papel predictivo importante, como el positivismo; que busca analizar los fenómenos internacionales de manera objetiva y basada en evidencia empírica. Al analizar las tendencias pasadas y presentes es posible hacer proyecciones sobre posibles desarrollos futuros en la arena internacional. Por otro lado, facilitan la comprensión de las dinámicas y relaciones entre los diversos actores globales, como las identidades que estudia el constructivismo, enfocándose en el papel de las ideas y las normas. También proporcionan un marco conceptual que ayuda a interpretar y dar sentido a los eventos y procesos internacionales, lo que contribuye a una visión más completa y profunda del panorama mundial. El feminismo, por ejemplo, enfatiza que hay un sesgo de género en las relaciones internacionales, destacando la importancia de las cuestiones de género en el análisis de los asuntos globales. Además de estas funciones descriptivas y explicativas, algunas teorías en relaciones internacionales también tienen un componente normativo. Ofrecen pautas sobre cómo deberían ser las relaciones entre Estados y cómo abordar los desafíos globales, a menudo basadas en valores éticos o en la búsqueda de objetivos como la paz, la justicia o la cooperación como proponen los liberales. Pero también cuestionan las narrativas tradicionales que pretenden explicar el mundo de una manera universal y objetiva como lo hace el postmodernismo, que destaca la multiplicidad de perspectivas y la diversidad en el análisis de los asuntos globales.

Dada la naturaleza de la investigación orientada a comprender el nuevo orden en Oriente Medio, la aplicación de la teoría realista emerge como un enfoque apropiado y esencial. En primer lugar, el realismo ofrece un marco conceptual sólido que se enfoca en el poder y la

seguridad de los Estados, aspectos cruciales para entender el cambio de paradigma en las alianzas políticas de la región. La competencia por el poder entre los actores regionales se convierte en un elemento fundamental de análisis, especialmente en un contexto de normalización de relaciones con Israel, el bloqueo a Catar o la reciente reconciliación entre Irán y Arabia Saudí. Esta lente proporciona herramientas para analizar el impacto histórico y político de eventos clave como las Primaveras Árabes, que han reconfigurado las estrategias en Oriente Medio. En este sentido, permite una comprensión más profunda y ofrece una vía para investigar las razones subyacentes, identificando así los intereses estratégicos que guían los comportamientos en el escenario internacional.

El realismo, teoría que ha predominado a lo largo del tiempo, encuentra en Tucídides a su principal exponente, considerado el padre del realismo. (Lomia, E. 2020). Los realistas buscan describir y explicar el mundo tal como es, sin idealizaciones sobre cómo debería ser. En el ámbito internacional, se caracteriza por ser peligroso e inestable, marcado por conflictos y competencia por el poder entre estados soberanos. En este contexto, las ganancias de un Estado suelen significar pérdidas para otros, resultando en un juego de suma cero. Esta visión pesimista del ser humano explica las relaciones internacionales en términos de poder, donde no existe una autoridad reguladora, como podría ser la Organización de las Naciones Unidas, y se vive bajo un sistema anárquico configurado por estados soberanos. Esta idea se consolidó tras la Paz de Westfalia en 1648, que definió el concepto moderno de Estado, rompiendo con la noción de mediación por parte de autoridades externas como el Emperador y el Papa, en favor de la soberanía estatal (Lyons, G., & Mastanduno, M. 1995).

Para los realistas, la moralidad, el bien y el mal son categorías irrelevantes, y prevalece el poder sobre la justicia. Se acepta la anarquía como una condición inherente al sistema internacional, donde la paz perpetua es una ilusión y la guerra es retrasable, pero inevitable. Figuras como Hobbes son consideradas maestros de esta perspectiva, que ve al ser humano como competitivo, egoísta y violento, y al estado como un actor que persigue sus intereses en un mundo donde los acontecimientos históricos parecen avalar este paradigma (Ramírez Echeverri, 2010). Por su parte, Von Clausewitz, (Stone, J. (2007) añade a esta visión una perspectiva estratégica de la guerra, definiéndola como la continuación de la política por otros medios. Desde este punto de vista, la guerra es una herramienta legítima en la búsqueda de

objetivos políticos, lo que refuerza la noción realista de que el poder y los intereses nacionales son los principales motores de la política internacional.

Como se ha mencionado anteriormente, esta teoría sostiene que la guerra es inevitable, especialmente en un mundo multipolar post Guerra Fría. Esto se debe a que el sistema internacional carece de una base moral sólida que impulse acciones altruistas; solo se puede esperar prudencia y reciprocidad de los estados, pero incluso estas bases son frágiles debido a la naturaleza impredecible, egoísta y anárquica del ser humano. La seguridad de un Estado depende exclusivamente de sí mismo, ya que la seguridad de unos implica la inseguridad de otros, determinada por la fuerza relativa de cada Estado. En este escenario, como la guerra está constantemente latente lo único que se puede hacer es retrasarla mediante equilibrios de poder. Como sugiere Kenneth Waltz se convierte en una estrategia fundamental para mantener la estabilidad y evitar conflictos a gran escala. Sin embargo, también creía que esta teoría solo ofrecía una solución parcial (Rich & Sheehan, 1997) al problema de la anarquía y el cambio en el sistema internacional. De hecho, Henry Kissinger (2002) en su libro *Diplomacia*, explora más aun esta problemática y sostiene que dicho sistema se restringe únicamente a la capacidad de ciertos Estados para ejercer dominio sobre otros, lo que conduce a la prevalencia de la eliminación del adversario como un enfoque predominante.

En el contexto de las dinámicas geopolíticas en Oriente Medio, los acuerdos como los de Abraham adquieren una relevancia significativa desde una perspectiva realista. Representan un cambio táctico en el equilibrio de poder, aunque no alteran sustancialmente las alianzas fundamentales que han estado en juego. La alineación de los Emiratos Árabes Unidos e Israel dentro del orden regional, junto con su percepción compartida de Irán como una amenaza común, subraya el cálculo estratégico que impulsa estos acuerdos. Sin embargo, es imperativo reconocer el potencial de escalada de conflictos, especialmente evidente en las hostilidades en curso que involucran a Hamas en Gaza, las cuales podrían intensificarse y desencadenar un conflicto más amplio con Irán. Esto plantea preocupaciones sobre la posibilidad de que Israel utilice las bases de Emiratos para llevar a cabo acciones militares contra Irán, exacerbando así la inestabilidad regional.

Además, esta perspectiva arroja luz sobre la marginación de los intereses de los palestinos dentro del contexto de estos acuerdos. Los Estados involucrados priorizan sus propios

intereses de seguridad y estabilidad dentro del marco de la anarquía internacional, a menudo dejando los principios tradicionales del panarabismo que históricamente han regido las relaciones con Israel. La disminución de la influencia del panarabismo subraya un cambio hacia un pragmatismo centrado en asegurar objetivos estratégicos individuales.

Panarabismo

Al abordar el concepto de panarabismo, se observa una discrepancia en su definición entre los académicos, lo que demuestra su complejidad conceptual. Difiere de Europa, donde el nacionalismo se centraba predominantemente en el Estado-nación individual, en Oriente Medio la nación debía incorporar a todos los árabes (*Pan-Arab Nationalism: The Ideological Dream as Compelling Force - ProQuest*, n.d.). Mientras algunos filósofos como Zaki al-Arsuzi o Salah al-Din al-Bitar, sostienen que el panarabismo aspira a la creación de un estado árabe como una entidad supranacional, esta interpretación es disputada, particularmente por Rashid Khalidi. El académico plantea la idea de que el nacionalismo árabe debería ser examinado de manera independiente, considerando las fuerzas sociales y políticas que lo respaldan, en lugar de simplificarlo a motivaciones personales para la creación de un solo Estado (Khalidi, 1991). Tras un análisis exhaustivo de diversas concepciones propuestas por notables académicos, emerge un consenso mínimo que concibe al panarabismo como la noción de que las personas, arraigadas en una identidad árabe compartida, deben unirse y colaborar en asuntos políticos, económicos y culturales. Hasta este punto, el panarabismo es una forma ideológica de nacionalismo. Según Adeed Dawisha, profesor distinguido de Ciencias Políticas en la Universidad de Miami en Oxford, Ohio, lo que caracteriza al panarabismo (Brown & Dawisha, 2003) como un movimiento nacionalista es que se distingue al abarcar la totalidad de la región árabe, en lugar de limitarse a un solo Estado-nación. Es decir, que la conexión entre todos los árabes, tanto en términos culturales como políticos, no implica necesariamente la formación de un solo Estado, sino que refleja una afinidad basada en valores comunes, los cuales serán explorados con mayor profundidad en el transcurso de esta investigación. La ideología panarabista se sustenta en la concepción de Estados laidos, donde la lengua árabe actúa como criterio primordial de inclusión, lo que conlleva la incorporación de minorías religiosas como los cristianos, pero excluye a aquellos que no hablan árabe, como los kurdos. Entre las décadas de 1950 y 1970, el panarabismo ejerció una influencia hegemónica en la región (Marzuca Butto, 2020).

Es importante contextualizar la formación del panarabismo en el marco-histórico de los pueblos árabes ya que no fue hasta principios del siglo XX que el panarabismo se consolidó como un movimiento político definido. Esto se explica por el hecho de que este sentimiento había estado gestándose durante un periodo considerable, a lo que se suma la influencia e injerencia de potencias occidentales. Durante el dominio otomano en Oriente Medio, hubo una figura importante en este despertar. En 1828, Mehmet Alí, virrey otomano de Egipto, inició la introducción de grandes reformas (Gálvez, 1997) y logró cierta independencia frente al Imperio y otras potencias. Empezó a reorganizar Egipto, reemplazando el turco por el árabe como idioma oficial, (Boubakeur, 1951) y creó el periódico *Al waqa'i al misriya* (Acontecimientos egipcios), que, constituyó una contundente reclamación de su esencia. Su hijo, Ibrahim Bajá, asumió el cargo de gobernador de Siria tras la anexión de Acre, Damasco, Alepo y Adana (El Khoury, 2013). Al igual que su padre, Ibrahim inició una serie de reformas para modernizar el país, proclamando la igualdad de culto y religión.

No es sorprendente, por lo tanto, que se sostenga que en Oriente Medio hay dos regiones principales donde comenzó el panarabismo: Egipto y la Gran Siria. Es, por tanto, que en esta sección del estudio se abordará el Nasserismo de Gamal Abdul Nasser (Egipto) y en el Partido Ba'th Árabe y Socialista (Siria).

En el momento de la ocupación occidental en Oriente Medio, las élites árabes comenzaron a adoptar y difundir ideas relacionadas con el nacionalismo, la formación de Estados-nación y el derecho a la autodeterminación. En el caso de Egipto, Nasser abogó por la unificación de todas las naciones árabes contra la influencia e imperialismo occidental, promoviendo la importancia de la unidad árabe y la identidad cultural. Implementó políticas que enfatizaban el control estatal sobre la economía, incluida la nacionalización de bancos y empresas privadas como parte de sus reformas económicas (Méndez, 2019). En este sentido, el panarabismo, con su objetivo de contrarrestar la influencia y el imperialismo occidental en el mundo árabe, buscaba desafiar la presencia y el control de las potencias occidentales en los países árabes, rechazando la idea de que estas potencias extranjeras pudieran controlar las políticas y procesos de toma de decisiones árabes. Se enfatizaba la necesidad de que los países árabes desarrollaran sus propios sistemas políticos, económicos y sociales e independientes de la

influencia occidental (Danielson, 2007). El liderazgo de Nasser lo consolidó como el líder que popularizó la idea del nacionalismo árabe, permitiendo a Egipto ascender en poder e influencia en Oriente Medio demostrando su compromiso con la ideología panarabista al tiempo que limitó la influencia de posibles potencias regionales, como Arabia Saudí. Sin embargo, no logró establecerse en naciones como Marruecos, Túnez o Líbano, las cuales mostraron una inclinación hacia mantener relaciones estrechas con Occidente. Tampoco encontró arraigo en Arabia Saudí, o en las demás monarquías del Golfo, donde sus gobernantes defendían un orden religioso establecido y se oponían al concepto republicano y laico asociado. Especialmente, la familia Saud, que se declaraba enemiga del panarabismo y de los objetivos expansionistas de Nasser, ya que veía al panarabismo como una amenaza a su liderazgo en el mundo musulmán y a su propia estabilidad interna. Sin embargo, tras la guerra de los Seis Días en 1967 y la muerte de Nasser en 1970, así como el cambio en el enfoque de las políticas domésticas bajo el liderazgo de Sadat en Egipto, el panorama del panarabismo sufrió un declive significativo. En consecuencia, se abrió un espacio para la competencia regional, como se señaló anteriormente en el estado de la cuestión que Pedro Martínez Montavez argumenta que el sentido panarabista fue reemplazado gradualmente por un enfoque más islamista. En este contexto de declive, el foco de intereses se empieza a desplazar hacia las monarquías del golfo como Catar, Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos que, desde entonces han buscado asumir un papel de liderazgo regional y global promoviendo diversos intereses. Estas monarquías se beneficiaron de la estabilidad y seguridad que las potencias occidentales, especialmente Estados Unidos, buscaron asegurar en la región (Miño et al., 2021).

En aquel momento de la historia, Nasser no fue el único que se postulaba como campeón panárabe. Una década antes de su ascenso al poder, surgió el movimiento Baaz en Siria e Iraq, con Michel Aflaq, Salah al-Din al-Bitar y Zaki al-Arsuzi como miembros fundadores. El término “Baaz” significa “resurrección”, y prometían un renacimiento árabe. Para los baazistas, al igual que para los seguidores de Nasser, la identidad árabe se definía principalmente por el idioma, pero estos sí que consideraban a los árabes como una nación única, unida espiritualmente y culturalmente (Devlin, 1991). La unidad económica y política se concebía como indivisible, atribuyendo la división actual a las fronteras artificiales y arbitrarias impuestas por el colonialismo. La ideología del baazismo se fundamentaba en los valores de *libertad, unidad, y*

socialismo, los cuales consideraban estrechamente interrelacionados. Para ellos, la unidad era una necesidad natural para salvaguardar el futuro de los árabes, mientras que la libertad implicaba la salida de los colonialistas para conseguir la libertad e independencia. El socialismo se concebía como un medio para lograr un pueblo libre y trabajador, con amplias oportunidades y sin obstáculos impuestos por una clase dominante o diferencias internas (Cabana, 1993). Y para lograr estos valores abogaban por la revolución, la lucha popular y la implementación de principios morales para alcanzar estos objetivos. A pesar de ser señalados como idealistas y utópicos, estos objetivos se llevaron a cabo en lugares como Siria bajo el liderazgo de la familia al-Assad, Libia durante el régimen de Gadafi y en Iraq con Saddam Hussein.

El nasserismo y el baathismo, si bien comparten ciertas similitudes en su afán por promover la unidad árabe y resistir la influencia occidental, difieren significativamente en sus enfoques ideológicos y métodos. En primer lugar, ambos abogan por la independencia y la autodeterminación de las naciones árabes, libres de la interferencia occidental. Tanto Nasser como los líderes del baathismo enfatizan la necesidad de desarrollar sistemas políticos, económicos y sociales independientes de la influencia extranjera. Sin embargo, donde el nasserismo se centra en un liderazgo personal fuerte encabezado por Gamal Abdel Nasser, el baathismo adopta un enfoque más colectivo y partidista. Otra diferencia fundamental radica en la percepción de la identidad árabe. Mientras que nasseristas y baathistas concuerdan en que el árabe es unificador y central en la identidad, Nasser enfatiza la resistencia contra el colonialismo, mientras que el Baathismo quiere liberar al pueblo árabe tanto de la opresión externa como de la interna y de ahí crear un Estado árabe unificado.

Objetivos y preguntas

La importancia de esta investigación radica en la necesidad de comprender un nuevo orden en Oriente Medio desde el fin de la Guerra Fría, incluyendo varios aspectos como las Primaveras Árabes (2011) y, en particular, los Acuerdos de Abraham (2020), que establecieron la normalización de relaciones entre Israel y varios países árabes, principalmente las monarquías del Golfo. Estos eventos representan un cambio fundamental en la dinámica de poder regional y plantean interrogantes sobre su origen y motivación. La investigación busca arrojar luz sobre las razones subyacentes que han contribuido al ascenso de las monarquías del Golfo en un Oriente Medio en constante evolución.

Para ello se proponen los siguientes objetivos y preguntas:

- Objetivos

- 1) Describir el cambio paradigmático en las alianzas políticas en Oriente Medio
- 2) Analizar el impacto histórico y político de eventos clave: Se busca explorar y evaluar el impacto de eventos históricos como puedan ser la Primavera Árabe en 2011 y los Acuerdos de Abraham en 2020 en la dinámica de poder regional.
- 3) Entender las motivaciones detrás del cambio de paradigma en las políticas regionales: Investigar las razones subyacentes que han llevado a un cambio en las prioridades políticas.

- Pregunta principal

- 1) ¿Cuáles fueron los factores determinantes que llevaron al cambio de paradigma en las políticas regionales, desde el panarabismo hacia la normalización de relaciones con Israel por parte de las monarquías del Golfo?
 - a. ¿Cómo influyeron los eventos históricos en la configuración del nuevo orden político en Oriente Medio?
 - b. ¿Cuál ha sido el papel de las monarquías del Golfo en la transformación de la dinámica de poder regional?
 - c. ¿Cuáles son sus motivaciones?

Metodología del trabajo

Este trabajo se llevará a cabo mediante métodos cualitativos y análisis históricos. La investigación se basará en la recopilación exhaustiva de datos históricos y políticos. Se utilizarán fuentes primarias y secundarias, incluidos, artículos de investigación, y análisis académicos. Además, se llevarán a cabo entrevistas con expertos en política regional para obtener perspectivas adicionales sobre el cambio paradigmático en la dinámica de poder, como Bernabé López García que ha sido catedrático de Estudios Árabes e Islámicos con la especialidad en Historia del Islam Contemporáneo en la Universidad Autónoma de Madrid. E Ignacio Álvarez-Ossorio catedrático de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad Complutense de Madrid. El análisis de datos se realizará mediante un enfoque comparativo y contextual, buscando identificar patrones y tendencias a lo largo del tiempo. Además, se utilizarán herramientas de análisis cualitativo para examinar en profundidad la tesis.

Capítulo II: Análisis y discusión

Después de la Segunda Guerra Mundial, se desencadenó una pugna por la influencia y el dominio en Oriente Medio entre Estados Unidos y la Unión Soviética, lo cual configuró una nueva realidad geopolítica en la región. Este enfrentamiento adquirió una dimensión trascendental por diversas razones.

En primer lugar, la retirada de Francia y Gran Bretaña dejó un vacío de poder que la Unión Soviética percibió como una oportunidad para expandir su influencia, motivada por una sensación de vulnerabilidad estratégica. La proximidad geográfica de la Unión Soviética con potencias aliadas de Estados Unidos como Turquía, Irán y Afganistán planteaba una amenaza potencial para su seguridad (Blakemore, 2022). Esta cercanía implicaba la posibilidad de una invasión desde Turquía o Irán, mientras que los soviéticos carecían de una situación estratégica comparable a Estados Unidos. Ante el riesgo de una invasión soviética, Estados Unidos estaba preparado para movilizar tropas desde cualquier rincón árabe para respaldar a sus aliados. Consciente de esta dinámica, la Unión Soviética buscó contrarrestar la influencia estadounidense mediante estrategias como el entrenamiento y abastecimiento de guerrillas en Bulgaria y Yugoslavia, así como el respaldo a movimientos separatistas en el Azerbaiyán iraní o del Kurdistán.

En segundo lugar, una vez se descubrió que esta región contenía dos tercios de las reservas mundiales de petróleo, esto se convirtió en un factor estratégico en la región y en un punto crucial para la economía global. En la década de 1940, Estados Unidos controlaba gran parte del petróleo de Oriente Medio (BBC News, 2015). Entre 1950 y 1970, los nuevos descubrimientos en Argelia, Libia, Catar y los Estados Truciales o Estados de la Tregua (los Emiratos Árabes Unidos hoy en día) se convirtieron en la principal fuente de petróleo para Japón y Europa Occidental (Larramendi, 2000). Todo esto ha impulsado a ciertos países, como Arabia Saudí y los Emiratos hacia posiciones de influencia global lo que ha resultado en alianzas sólidas, pero también en tensiones entre potencias regionales

En tercer lugar, la ideología desempeñó un papel crucial en la configuración de la naturaleza de la competencia entre las dos potencias durante este período. En 1945, toda la región de

Oriente Medio y el Norte de África se encontraba bajo el dominio colonial británico o francés, lo que hacía que el discurso anticolonial de la Unión Soviética resultara atractivo. Promovió la nacionalización del petróleo iraquí en 1972 y respaldó regímenes considerados extremistas en Libia (1969) e Irán (1979, además de un intento fallido en 1953) (Contreras, 2020). Por otro lado, Estados Unidos adoptó una postura ambigua respecto a la descolonización. Aunque se opuso públicamente a la intervención británica en Palestina, también rechazó la nacionalización del petróleo iraní en 1951 y ofreció un apoyo limitado a la revolución egipcia de 1952. Estados Unidos proyectaba una imagen de modernidad que contradecía el discurso de la Unión Soviética. Se presentaba como un socio desinteresado que ofrecía asesoramiento a las naciones jóvenes, mientras que la Unión Soviética ofrecía una visión alternativa que sugería la abolición de las divisiones provocadas por los conflictos pasados o futuros.

Esta dualidad de enfoques resultó en que los anhelos de unidad transnacional quedaran en un estado de aspiración. La postura ambigua de Estados Unidos, que oscilaba entre el apoyo a la autodeterminación y la defensa de sus propios intereses estratégicos, como se manifestó en su rechazo a la nacionalización del petróleo iraní, generó contradicciones palpables que socavaron la credibilidad de su imagen de modernidad y progreso. Por otro lado, la propuesta de la Unión Soviética, si bien prometía la eliminación de las divisiones coloniales, no se alineaba plenamente con las aspiraciones árabes, ya que proponía un modelo de socialismo y planificación centralizada que entraba en conflicto con las estructuras sociales y valores políticos árabes arraigados en una ideología muy diferente a la marxista-leninista, lo que también limitaba su atractivo. Este panorama, en donde los modelos de modernidad competían y a menudo se superponían sin resolver las tensiones subyacentes, contribuyó a que, tras la disolución de la Guerra Fría, el nacionalismo árabe quedara sin una vía clara para la realización de sus aspiraciones. La fragmentación posterior no fue simplemente el resultado de la retirada de las influencias de las superpotencias, sino también del surgimiento de intereses nacionales divergentes y del oportunismo político. Las élites árabes, en muchos casos, manipularon el fervor nacionalista para consolidar su poder, exacerbando la desunión. La aspiración a una identidad árabe unificada, en consecuencia, se encontró atrapada en una disonancia entre la retórica idealista y la geopolítica realista.

Finalmente, el establecimiento del Estado de Israel (1948) dejó una marca profunda y perdurable en el panorama político, particularmente en lo que respecta a la distribución del

poder y el surgimiento de tendencias geopolíticas más amplias. La alineación de Israel con potencias occidentales complicó aún más los equilibrios tradicionales de poder en la región, generando tensiones adicionales y reconfigurando alianzas.

Evolución del panarabismo durante la Guerra Fría

El apogeo del panarabismo tuvo lugar después de la Segunda Guerra Mundial en 1945, cristalizándose en la creación de la Liga Árabe. Surgió como respuesta a décadas de dominio colonial y a la aspiración compartida de autodeterminación y modernización sin la interferencia colonial. La creación de la Liga, además, fue un paso hacia la autodeterminación regional y un intento de forjar una especie de voz colectiva árabe en el ámbito internacional. El ascenso de Nasser al poder en 1952, a través de un golpe militar, fue un punto de inflexión. Se consideró como una victoria contra el imperialismo occidental y una fuente de inspiración para otros Estados árabes, marcando así un nuevo capítulo en la lucha árabe por la independencia. Nasser promovió una agenda de socialismo árabe que se oponía tanto a la influencia de Occidente como al tradicionalismo conservador representado por las monarquías como Arabia Saudí. Su retórica anti-imperialista y su carisma personal lo convirtieron en un líder emblemático del movimiento panárabe.

Los límites de este proyecto de cooperación y solidaridad entre los pueblos árabes se fueron revelando gradualmente. Por un lado, la breve unión entre Egipto y Siria, conocida como la República Árabe Unida, que solo duró tres años (1958-1961) fue un experimento concreto para llevar a cabo esa visión panárabe. Este fracaso expuso las dificultades de juntar diferentes entidades nacionales con sus propios intereses políticos y agendas domésticas. Por otro lado, la guerra de Yemen en 1962 que se prolongó ocho años como un conflicto proxy entre Egipto y fuerzas respaldadas por Arabia Saudí, reflejaron como las potencias explotaron las divisiones que existían dentro del movimiento a su favor, exacerbando los conflictos. La pérdida de Palestina y la guerra del Golfo también marcaron desafíos importantes. No obstante, hubo ciertos logros, como la nacionalización del Canal de Suez en 1956 que supuso un acto de afirmación soberana y un desafío directo a los poderes coloniales de Francia y el Reino Unido. Otro logro, fue el embargo de 1973, orquestado por los miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) en respuesta a la guerra del Yom Kippur. Fue un momento

decisión en el cual los Estados árabes utilizaron su recurso más valioso, el petróleo, como instrumento de política exterior. Aunque el embargo tuvo unas consecuencias económicas globales, también llevó a Occidente a diversificar sus fuentes de energía y a buscar una mayor estabilidad en la región. Es por esta razón, que la administración de Eisenhower adoptó una posición más proactiva. Esto se manifestó en el apoyo militar a Israel, lo que desencadenó en una guerra armamentística que culminó en la guerra de los Seis Días en 1967.

1979; el año que lo cambió todo

Parece que el año que marcó un cambio fundamental no solo para el mundo árabe, sino también para el mundo en general, fue 1979. En ese año, el presidente egipcio Anwar Sadat inició negociaciones unilaterales de paz con Israel, lo que puso de manifiesto las divisiones en el mundo árabe y resultó en su expulsión de la Liga Árabe. La sede de la Liga, además, se cambió del Cairo a Túnez. La decisión de Sadat de llegar a un acuerdo con Israel marginó al Cairo y puso fin a la hegemonía egipcia en el mundo árabe, que había perdurado durante tres décadas (Emergui, 2019). El acuerdo de paz suscitó desaprobación entre la población egipcia, lo que sugiere que solo un líder autoritario de la época podría haber ejecutado tal acuerdo. El mantenimiento de un régimen autoritario se volvió necesaria para mantener el acuerdo de paz ante la disidencia pública. El fortalecimiento de los islamistas en Egipto por parte de Sadat, quien buscaba contrarrestar a los nacionalistas árabes de izquierda que consideraba una amenaza para su autoridad, debilitó aún más la posición del nacionalismo laico. Paradójicamente, Sadat fue asesinado por los islamistas en 1981.

El cambio de régimen en Irán representó un punto de inflexión para Estados Unidos y su estrategia en la región. Tras el derrocamiento del sha, en 1979, y el establecimiento de la República Islámica, los hasta entonces sólidos lazos se rompieron. Irán, que antes contribuía como un pilar para mantener la estabilidad regional alineado con intereses occidentales, emergió como una amenaza que debía ser contenida. Declaró abiertamente hostilidad hacia Estados Unidos, Israel, y la mayoría de los países árabes vecinos, especialmente las monarquías árabes del Golfo.

Comenzó así una serie de tensiones entre Arabia Saudí e Irán luchando por ser la potencia regional dominante. La nueva república iraní consideraba a los chiíes de la región como su base de apoyo, y muchos chiíes marginados en sus propios países se sintieron inspirados y fortalecidos por la revolución iraní, buscando el liderazgo de Teherán. Esto contribuyó a erosionar las identidades nacionalistas locales en favor de las identidades sectarias, y ayudó a fomentar la creación de organizaciones como Hezbolá. También dio lugar a la formación de otros grupos armados chiíes respaldados por Irán en países como Iraq, Siria, Afganistán, Yemen y Líbano.

Este contexto energizó tanto a movimientos islamistas sunitas como chiitas, al demostrar que un movimiento islamista podía derrotar a un gobernante establecido respaldado por la superpotencia mundial. En Arabia Saudí, en el mismo año, radicales islámicos suníes asaltaron la Gran Mezquita de la Meca, desafiando la legitimidad religiosa de la familia gobernante saudí y exigiendo su derrocamiento (Agencias, 1979). La familia Al Saud reconoció que su legitimidad religiosa estaba siendo desafiada no sólo por Irán chií, sino también por los fundamentalistas suníes, lo que la llevó a adoptar un enfoque mucho más islamista, destacando su papel central en la protección de las ciudades santas de la Meca y Medina y promoviendo el wahabismo austero tanto dentro como fuera del país.

Así, diez años antes del colapso de la Unión Soviética, Egipto abanderado del panarabismo fue desplazado por Arabia Saudí y comenzó una competencia con Irán. Egipto, que previamente había abogado por una doctrina nacionalista modernista y laica, vio cómo su papel de liderazgo era asumido por Arabia Saudí, junto con otras monarquías conservadoras árabes del Golfo, así como por el Irán islamista.

Petróleo y poder

Las monarquías conservadoras del Golfo experimentaron un importante aumento de influencia económica en el mundo árabe, lo que tuvo repercusiones duraderas en la cultura y política de la región. La considerable entrada de petrodólares otorgó poder a Irán y Arabia Saudí, los principales estados petroleros, permitiéndoles realizar inversiones significativas en un paradigma de movilización islamista (Fariza et al., 2023). Este fortalecimiento de Irán y

Arabia Saudí sentó las bases para la eventual escalada de tensiones entre suníes y chiíes, aunque tardó varios años en manifestarse plenamente. Los saudíes comenzaron a financiar grupos, instituciones y madrasas wahabíes que contribuyeron a la formación de una generación de radicales suníes, para quienes la hostilidad hacia los chiíes era un principio central (Mouline, 2022). Este respaldo financiero y, sobre todo, doctrinal tuvo un impacto significativo en la ideología y mentalidad de muchos musulmanes sunníes de la región, alimentando la polarización sectaria y exacerbando las tensiones.

Todas estas tensiones acaban culminaron en las Guerras del Golfo. Para el ayatolá Jomeini, Saddam Hussein era considerado un infiel y un adversario de primer orden (Bardají, 2003). Irán brindó apoyo a los kurdos iraquíes, lo que exacerbó aún más las relaciones entre Teherán y Bagdad. Irak, un Estado artificial con grupos étnicos históricamente antagónicos, posee abundantes recursos naturales como tierra y petróleo. Tras años de conflictos, el baathismo desarrolló una estrategia de construcción de Estado; combinar el autoritarismo con la cooptación a través de la modernización financiada por el petróleo, y legitimar el gobierno mediante el nacionalismo árabe para llevar a cabo una política exterior asertiva impulsada por los ingresos petroleros (Casado, 2021). Saddam Hussein utilizó el conflicto con Irán para posicionarse como líder panárabe. Sin embargo, Irak también buscaba abordar su antigua reivindicación irredentista sobre Kuwait mediante una intervención militar.

Con el paso del tiempo, y como explica Ignacio Álvarez-Ossorio en la entrevista realizada para este estudio (veáse Anexo II), naciones como los Emiratos Árabes Unidos han redefinido su uso del islam en la esfera pública. Tradicionalmente alineados con movimientos islamistas radicales, estos países han iniciado una transición hacia posiciones más moderadas. Esta evolución se entiende en parte como una respuesta al coste político y social que ha supuesto su apoyo a grupos yihadistas. Lo que sugiere un alejamiento de la “Santa Alianza” entre el islam y el petróleo, con una búsqueda de legitimidad y estabilidad a través de la adopción de políticas exteriores más pragmáticas.

Disolución de la Unión Soviética

La disolución de la Unión Soviética, en 1991, y su bloque señaló la conclusión definitiva de la era de la Guerra Fría. Las dinámicas en esta época habían moldeado significativamente las dinámicas internacionales y de poder en Oriente Medio desde finales de la década de 1940. El fin de la Guerra Fría representó un punto de inflexión significativo para los Estados árabes, quienes empezaron a afirmar su soberanía en el escenario global. El término de este periodo dejó atrás una lucha bipolar para convertirse en multipolar por la dominación regional, dando lugar a una dinámica de poder compleja (Kamrava, 2012), altamente penetrado por actores externos. Las potencias sunitas como Egipto, Turquía y Arabia Saudí se alinearon con Estados Unidos, mientras que la contención de Irán e Irak predominaba en el panorama geopolítico. Irán, en particular, inició una expansión de su influencia, consolidándose como un actor dominante en los asuntos regionales. Por el contrario, Egipto experimentó un estancamiento político, manifestado por la agitación interna y un papel decreciente en asuntos externos. Esta reconfiguración de las dinámicas de poder sentó las bases para la intrincada jerarquía regional actual, caracterizada por diversos niveles de influencia, luchas de poder, nuevas alianzas y potencias regionales en transición, así como la vulnerabilidad de los estados débiles a la interferencia e influencia externas. Estos desarrollos contribuyeron, en última instancia, a ciertas causas de la inestabilidad en la región (Kamrava, 2012).

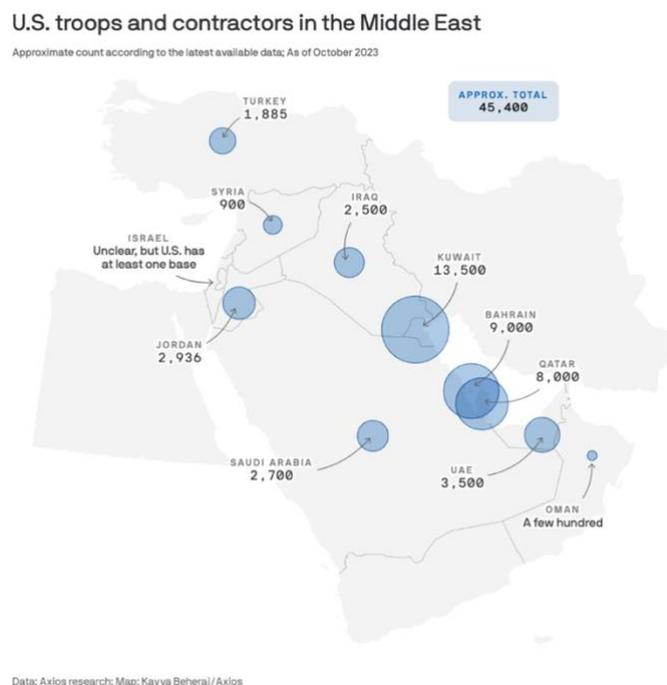
Este colapso marcó el inicio de una fase de hegemonía estadounidense tanto a nivel global como regional, eliminando cualquier contrapeso o limitación a las intervenciones militares estadounidenses. En respuesta a la invasión de Kuwait por parte de Irak, Estados Unidos desplegó, por primera vez, cientos de miles de tropas en la región liderando una campaña militar para expulsar a Irak de Kuwait (Martín, 2006).

A raíz de este momento, Estados Unidos ha identificado intereses más o menos constantes en la región y se ha involucrado profundamente para salvaguardar intereses que inciden en la competencia de poder regional. El petróleo se erige como uno de esos intereses de Estados Unidos, no porque dependan directamente de las importaciones directas del petróleo, sino porque el mercado del petróleo está integrado a escala mundial. Cualquier amenaza a los principales productores de petróleo y gas podría tener repercusiones económicas en todo el

mundo. El seguro tránsito de los petroleros y buques que transportan gas natural licuado a través de los estrechos de Ormuz y Bab el Mandeb, así como del canal de Suez, son rutas marítimas de vital importancia (Becedas, 2023).

Considerando el mapa proporcionado, Estados Unidos mantiene una presencia militar significativa con casi 45.000 tropas desplegadas para proteger y asegurar dicho suministro. Históricamente, Estados Unidos ha dependido del mantenimiento de sólidas relaciones tanto con los países del Golfo como con Irán, lo que ha hecho que se convierta en un gran aliado de las monarquías del Golfo. Esta dinámica ha fortalecido la posición de las monarquías del golfo al buscar su apoyo y protección contra amenazas externas, generando una competencia entre ellas por este tipo de alianza, mientras se presta menor atención a los demás países árabes.

Figura 1: Presencia militar de Estados Unidos en el Golfo Pérsico



Fuente: (Knutson, 2023)

No obstante, esta forma de cooperación ha llevado a las monarquías del Golfo a estar más inmersas en los conflictos regionales, al contar con herramientas militares e influencia en las agendas políticas. En consecuencia, el principio de no violencia (Soto, 2023) que firmaron hace 79 años ha quedado en entredicho para promover sus interés y proyectar su influencia en la

región. Es, en este contexto, que surge el Consejo de Cooperación del Golfo, que sólo concentra a las monarquías de esta región.

Desde la invasión de Irak en 2003, la relación estadounidense con los países árabes comenzó a debilitarse. La decisión de derrocar a Saddam Hussein minó la seguridad regional, al debilitarse considerablemente el único país de contrarrestar a Irán. Como argumenta Marina Ottoway (2014) Irak se transformó en un país debilitado, lo que potenció el poderío de Irán y alimentó sus ambiciones de dominio. Mientras que Irán tenía una fuerte presencia en el Líbano, y en cierta medida, en Gaza, Irak lo había podido contener en un punto muerto durante varias décadas. El desmantelamiento del estado iraquí y el cambio del poder político en Bagdad a la mayoría chiita supusieron un impulso tremendo para el poder iraní. El orden estatal árabe dominado por suníes que había prevalecido, a pesar de la mucha división y debilidad, desde la Segunda Guerra Mundial, fue derrocado decisivamente. Irán se convertiría en una influencia dominante en la capital iraquí y pronto consolidaría una posición dominante en toda la región, que incluía influencia en Beirut, Damasco y Saná.

Primaveras árabes (2011)

Las Primaveras Árabes representaron un momento crucial en Oriente Medio, dando lugar a nuevas dinámicas que intensificaron la complejidad de los factores preexistentes. El colapso de la autoridad central en ciertos Estados creó un entorno propicio para la intervención y la expansión de influencia, tanto de actores regionales como secundarios a través de proxis locales y actores no estatales. Esta jerarquía regional ha estado caracterizada por la presencia de potencias dominantes que buscan mantener el statu-quo, así como por poderes contra-hegemónicos que desafían las jerarquías existentes. Este evento marcó un claro alejamiento del mandato y tradición de no intervención en los asuntos internos que caracterizaba a la región anteriormente. Evidenció una transformación significativa en la política regional, con implicaciones importantes para la estabilidad y la dinámica de poder en Oriente Medio.

Las aspiraciones de justicia, dignidad, libertad por las cuales se manifestó el pueblo árabe llevaron a la caída de líderes autoritarios en Túnez, Egipto, Yemen y Libia. En Siria, la respuesta militar del régimen a las protestas sumió al país en una sangrienta guerra civil. Mientras tanto,

en Libia, el vacío de poder resultante condujo a un conflicto prolongado y a una lucha por el control del país. En el Golfo, las Primaveras Árabes dejaron una lección clara: la contención no garantizaba la estabilidad a largo plazo (Miño, 2014). Conscientes de este riesgo, estos regímenes temen que un resurgimiento del nacionalismo árabe o de cualquier otro tipo de sentimiento pueda amenazar su continuidad. Por tanto, su respuesta no fue avanzar hacia sistemas más abiertos y democráticos, ni mejorar los derechos, sino más bien fortalecer sus regímenes para resistir tanto amenazas externas como movilizaciones internas (Martínez, 2020). Esto, también, explica la tendencia emergente de intervención de estas monarquías en países vecinos. Han aumentado sus donaciones para evitar tanto la caída de regímenes afines como las posibles propagaciones de revueltas. Después de apoyar el derrocamiento de Gadafi en Libia, estas monarquías centraron su atención en Siria. Suspendieron su membresía, instaron al régimen de al-Assad a un acuerdo de paz, pero frustrados por su falta de cumplimiento, llamaron a que Assad dimitiera. También los países árabes reconocieron a la oposición siria como representante legítimo, pero los aliados del régimen de al-Assad, (Argelia, Irak y Líbano) bloquearon esta iniciativa (Khalifa & Hiltermann, 2023). Este episodio ilustra la compleja dinámica, la lucha de poder y la influencia en la región. Esta batalla por su supervivencia se está librando en Estados altamente debilitados y fragmentados, donde ya no existe una autoridad central que controle el territorio, como es el caso de Libia, Siria o Yemen.

Estas tensiones empeoraron tras la aparición del autoproclamado Estado Islámico en Irak. Como resultado, el país colapsó como un estado soberano centralizado, y su implosión alteró la geopolítica más aun de este sistema. Durante las dos décadas anteriores, Irak había contrarrestado a Irán y manteniendo a Turquía mirando hacia Occidente; así es como se convirtió en el epicentro de un nuevo conjunto de tensiones. Irán se ha convertido en un actor dominante en el corazón de Oriente Medio. A su vez, Irak sólo se acercó más a su socio chíi, dando la bienvenida a asesores del ejército iraní y a grupos respaldados por Irán como Hezbollah. La implosión de Irak también ha llevado a Turquía a una intensa preocupación por las ambiciones Kurdas y la ha impulsado a reconstruir relaciones con Siria e Irán (Hourcade, 2018).

Las monarquías de estos países siempre han estado bajo cierta tutela de la familia saudí, pero tras las primaveras árabes, los patrones de cooperación regional cambiaron. Los estados más

influyentes del Consejo de Cooperación de Golfo se encuentran librando una lucha por el liderazgo en la región, lo que los lleva a intervenir en los asuntos internos de otros países. Esta tendencia es nueva, ya que estos se ven obligados a reaccionar ante lo que perciben como amenazas inminentes, lo que contribuye más aún a la volatilidad y fragmentación de la región. Surgieron así varios bloques; uno liderado por Arabia Saudí y formado por los Emiratos Árabes Unidos, Bahréin, Jordania y la Autoridad Nacional Palestina. Por otro lado, un bloque iraní donde encontramos al régimen sirio, al iraquí, a Hezbolá en el Líbano y también a los grupos palestinos Hamás y Yihad Islámica. Además, también podemos observar un tercer bando, aunque con mucha menos influencia, liderado por Catar e integrado por organizaciones vinculadas a los Hermanos Musulmanes y con el apoyo ocasional de Turquía (Amirah Fernández & Fernández Gómez, 2015). Un claro ejemplo de estas divisiones se puede ver en Libia: cada actor se posiciona en un bando específico en este conflicto.

Este período también marcó un fortalecimiento notable de la cooperación bilateral entre las principales potencias regionales, tales como Arabia Saudí y los Emiratos, así como Catar y Turquía. Sin embargo, según lo postulado por la escuela del realismo, esas alianzas revelan una flexibilidad inherente y una susceptibilidad a la mutabilidad. Un ejemplo ilustrativo de este fenómeno es la incipiente normalización de relaciones entre dos enemigos históricos; Arabia Saudí e Irán. En otro sentido, Hamás, beneficiario de respaldo proveniente de Irán y Hezbolá en su confrontación Israel, simultáneamente respalda a los rebeldes sirios que se oponen al régimen de al-Assad, un aliado iraní. Este flujo de alianzas bilaterales encontraría su culminación con la normalización de relaciones entre Israel y varios estados árabes en 2020, en los conocidos Acuerdos de Abraham.

Acuerdos de Abraham (2020)

Esta continuación de la búsqueda de aliados en tiempos revueltos, aunque persistente, evidencia una preferencia por alineamientos flexibles, en contraposición a adherencias rígidas como las que reinaban durante la Guerra Fría. Tal dinámica se explica en parte por la adaptabilidad de las alianzas y su finalidad última de garantizar la seguridad del régimen. Además, la capacidad de estas potencias como proveedores de recursos petroleros se ve entredicho por los cambios globales hacia la descarbonización, lo cual debilita su posición de

poder. La entrada en juego de otros actores internacionales como Rusia y China agudiza aún más el sentimiento de inseguridad de los regímenes, lo que a su vez motiva una diversificación en sus relaciones exteriores. No obstante, es imperativo reconocer lo que los Estados árabes difieren en lo que entienden por amenazas. Las divergencias respecto a la guerra en Siria se han manifestado entre al-Sisi, y sus aliados del Golfo, a medida que el presidente egipcio manifiesta una relativa disposición para entablar diálogo con al-Assad. Catar se niega a ello. El bloqueo impuesto a Catar en 2017, en tanto, encuentra sus raíces en las estrechas relaciones del país con Turquía, cuyo gobierno se asocia con los Hermanos Musulmanes, lo cual incomoda profundamente a Arabia Saudí y los Emiratos. Y también, por las relaciones amistosas con Irán. Aunque como se mencionaba anteriormente estas alianzas son cambiantes, y en 2021, se tomaron medidas para poner fin a esta crisis diplomática.

La fractura entre los Estados árabes también ha emergido en relación con su postura hacia Israel. Las relaciones entre al-Sisi y Tel Aviv han experimentado una mejora notable, atribuible en gran medida a su oposición al grupo palestino Hamas, una extensión de los Hermanos Musulmanes egipcios. Ambas partes comparten un interés común en combatir la insurgencia afiliada al Estado Islámico en la península del Sinaí egipcio. Asimismo, la hostilidad compartida hacia Irán y sus aliados ha catalizado un nuevo acercamiento entre Israel y varias monarquías árabes. Bernabé López García en la entrevista realizada para este estudio (véase Anexo I) subraya que estos intentos de normalización han resultado deslegitimizados, considerándolos una traición al pueblo palestino. Además, señala, que cualquier intento de normalización hubiera tenido sentido bajo diferentes circunstancias, específicamente con un Israel más abierto al diálogo, lo que implica que los esfuerzos actuales están desprovistos de la reciprocidad y el contexto necesarios para ser efectivos. Es por esta razón, que, Arabia Saudí, ha optado, de momento, por no normalizar las relaciones, temerosa de que tal medida pueda socavar su legitimidad en el ámbito musulmán. Resaltando la influencia del conflicto palestino-israelí en el desarrollo político de las sociedades árabes. Como señala Ignacio Álvarez-Ossorio, una normalización sin grandes conflictos entre Israel y los países árabes pasa por la cuestión palestina.

En realidad, este ascenso de las monarquías del Golfo se origina en preocupaciones relacionadas con la seguridad y la supervivencia del régimen: el derrocamiento de varios

regímenes autoritarios a través de revueltas, el declive de autoridades centrales, así como las victorias electorales de partidos islamistas en Túnez y Egipto, y el declive de Siria, Libia y Yemen han exacerbado este sentimiento de inseguridad. Es por ello, que las élites de la región, como explica Bernabé López García, han explotado el sentimiento de la causa palestina para perpetuar sus regímenes bajo la fachada de un rechazo a Israel.

Diversificación económica

Durante varios años, se ha instado a las monarquías del Golfo a diversificar su economía y reducir su dependencia del petróleo. No obstante, éstas han mostrado una notable resistencia a este cambio. Los estados rentistas de la región fundamentan su legitimidad política y su proyección internacional en la riqueza petrolera.

El carácter rentista del Estado se evidencia de manera empírica en el caso de los exportadores de petróleo. Sin embargo, hay que mencionar que existen otras fuentes de ingresos que pueden tener un impacto similar, como el litio, y el uranio en el caso de los activos estratégicos. También actividades como la explotación de diamantes en África, el comercio o la producción de drogas en Afganistán, pero suelen tener otros efectos, ya que no siempre están bajo el control del Estado.

Los Estados rentistas, caracterizados por su dependencia económica de recursos naturales como el petróleo, exhiben una serie de rasgos distintos que moldean su estructura política y social. En primer lugar, no tienen la necesidad de buscar legitimidad a través de la representación democrática, puesto que en su mayoría son regímenes autoritarios, donde el poder se concentra en manos de una élite gobernante. Esta falta democrática permite a los líderes mantener un control firme sobre el Estado y sus instituciones sin la necesidad de rendir cuentas ante el pueblo. Otra característica adicional es la capacidad del gobernante para asegurar el apoyo de la oposición mediante el uso de los recursos financieros derivados de la exportación de recursos naturales. Esta práctica política contribuye a la estabilidad del régimen al neutralizar potenciales amenazas internas. El control de estos recursos otorga una herramienta poderosa para reforzar el autoritarismo y consolidar su dominio en la sociedad. La percepción del Estado como propiedad del gobernante refuerza esta dinámica, ya que este distribuye los beneficios económicos entre diferentes sectores de la sociedad para mantener

un equilibrio de poder y garantizar la lealtad de distintos grupos de interés. Aunque suelen mantener aparatos represivos robustos para sofocar cualquier disidencia, tienden a ser menos propensos a la represión directa en comparación con otros regímenes autoritarios. Sin embargo, esto varía dependiendo del contexto político y social específico de cada país. Además, la ausencia de presiones desde la sociedad para permitir una transición democrática constituye una barrera significativa para el cambio político. Los recursos derivados del petróleo proporcionan los medios necesarios para resistir cualquier demanda de reforma política o apertura democrática desde dentro del país (Brichs, 2007).

Es, por tanto, que se vean amenazados por llamadas a la transición energética. Los recursos de hidrocarburos han convertido a las monarquías del Golfo en jugadores de peso en la geopolítica mundial (Urbasos, 2023). Sin embargo, son conscientes de la volatilidad de los precios en los mercados internacionales, lo que ha motivado a los líderes de la región a buscar otras alternativas, no por el hecho de que sean más sostenibles, sino que una vez más se trata de una cuestión de supervivencia. Esto se evidencia, por la presión internacional recibida. Los avances tecnológicos en el campo de las energías renovables están haciendo que estas sean cada vez más competitivas en términos de costes y eficiencia. Así que, las monarquías del golfo, que cuentan con abundantes recursos naturales como la luz solar y el viento, están aprovechando estas tecnologías para desarrollar proyectos de energía limpia. Esto les brinda la oportunidad de diversificar sus fuentes de ingreso y promover el crecimiento económico a largo plazo.

Y si durante la Guerra Fría, Estados Unidos se erigió como el guardián de las reservas del petróleo, para una transición hacia energías limpias, es China quien lo reemplaza.

Esta tendencia se evidencia en los recientes movimientos de inversión realizados por Arabia Saudí y los Emiratos Árabes Unidos en el sector de los vehículos eléctricos. El fondo soberano saudí está en negociaciones para invertir al menos 250 millones de dólares en Human Horizons, un fabricante chino de coches eléctricos. Este acuerdo se sumaría a una serie de inversiones previas incluyendo un acuerdo firmado valorado en 5.600 millones de dólares (Fernández, 2023). Por su parte, los Emiratos Árabes Unidos adquirieron recientemente el 7% de las participaciones de *Nio*, otro fabricante chino de coches eléctricos por un valor superior a los 738 millones de dólares. Este movimiento se enmarca en la Estrategia Energética 2050

de los Emiratos. La colaboración con empresas chinas, como *Hozon New Energy Automobile*, también apunta a este objetivo, con el lanzamiento previsto de la línea de coches eléctricos Neta Auto en 2024.

En este contexto, es crucial considerar la perspectiva del precio de la gasolina en la región. Aunque se estén realizando inversiones significativas en el sector de los vehículos eléctricos, es importante reconocer que el bajo coste y la falta de apoyo puede influir en la adopción de esta tecnología. Será necesario evaluar si las iniciativas de vehículos eléctricos logran el éxito esperado. Además, teniendo en cuenta esta falta de apoyo, se requerirá una gran campaña de concienciación ciudadana para promover este cambio y superar las barreras que existen.

Paralelamente, las monarquías están involucradas en el proyecto del Corredor Económico India-Oriente Medio-Europa (IMEC) (Rizvi, 2023), que tiene como objetivo fortalecer la infraestructura física y digital en la región. Esta iniciativa abarca la edificación de redes ferroviarias que enlazan los Emiratos Árabes Unidos con Israel mediante Arabia Saudita y Jordania, junto con la instalación de cables eléctricos para mejorar la conectividad digital y conductos para la exportación de hidrógeno limpio (Montoto, 2023). En un nivel estratégico, también están implementando planes a largo plazo para fomentar el crecimiento económico y promover la transición hacia fuentes de energía más sostenibles. La Visión Económica 2030 de Abu Dabi y la Estrategia Industrial de Dubái 2030 son ejemplos de estas iniciativas, que buscan aumentar la producción industrial y agregar valor a la economía. Del mismo modo, la Visión 2030 de Arabia Saudí, con proyectos como NEOM que será una ciudad futurista con coches voladores, y sistemas de vigilancia de última generación, se convertirá en un centro ecológico puntero (Martínez S.B., -). Y la planta solar Al Shuaibah, que será la más grande de la zona demuestran cierto compromiso con la reducción de las emisiones de carbono, pero se trata de otro intento más de liderazgo (Pedraza, 2023).

Capítulo III: Conclusiones y propuestas

El vacío de poder que dejaron las colonias europeas en Oriente Medio fue aprovechado por la Unión Soviética, motivada por preocupaciones estratégicas y la percepción de oportunidades de expansión. La importancia del petróleo en la región también jugó un papel crucial en esta competencia. La ideología, con la Unión Soviética promoviendo el discurso anticolonial y respaldando regímenes extremistas, mientras Estados Unidos adoptaba una postura ambigua respecto a la descolonización, también influyó significativamente. El establecimiento del Estado de Israel complicó aún más la situación, generando tensiones adicionales y reconfigurando las alianzas políticas en la región.

El auge del panarabismo después de la Segunda Guerra Mundial culminó con la creación de la Liga Árabe y el ascenso de Nasser al poder en 1952, simbolizando la resistencia al imperialismo occidental e inspirando a otros Estados árabes. Sin embargo, los límites de esta visión de cooperación se hicieron evidentes con el tiempo, con episodios como la República Árabe Unida y la guerra de Yemen. A pesar de algunos logros como la nacionalización del Canal de Suez y el posterior embargo de 1973, la región experimentó una serie de cambios significativos, incluida la guerra fría árabe. El auge de las reservas de petróleo en el Golfo aumentó su influencia económica en la región, alimentando tensiones sectarias y culminando en las Guerras del Golfo. La disolución de la Unión Soviética en 1991 marcó el final de la Guerra Fría y una fase de hegemonía estadounidense, con un mayor compromiso militar en la región. Las Primaveras Árabes (2011) representaron un momento crucial, generando nuevas dinámicas y desafíos en la región.

El análisis que se ha intentado llevar a cabo en este trabajo detalla la dinámica política en Oriente Medio revela una serie de hallazgos significativos que arrojan luz sobre la complejidad de la región y sus implicaciones para el futuro.

En primer lugar, el cambio paradigmático en las alianzas políticas, desde el panarabismo hasta la normalización de relaciones con Israel por parte de las monarquías del Golfo, responde a una serie de factores. La percepción de amenazas comunes, como la creciente influencia de Irán y los desafíos a la seguridad regional, ha llevado a las monarquías del Golfo a buscar

nuevas alianzas para proteger sus intereses. La amenaza percibida de Irán ha generado una convergencia de intereses entre las monarquías del Golfo y Estados Unidos, lo que ha llevado a la normalización de las relaciones con Israel como parte de una estrategia más amplia para contrarrestar la influencia iraní. Este cambio en las alianzas políticas refleja una adaptación pragmática a las realidades geopolíticas cambiantes y sugiere una reevaluación de las prioridades políticas en la región. Sobre todo, desde la invasión de Irak en 2003, la cual minó la relación estadounidense con los países árabes. La decisión de derrocar a Saddam Hussein tuvo un impacto significativo en la seguridad regional. Este acto resultó en el debilitamiento de Irak, el cual había sido históricamente el contrapeso más robusto frente a Irán. Al caer el régimen de Hussein, Irak se transformó en un país incapaz de ejercer la misma influencia que antes. Esta situación facilitó el aumento de la influencia iraní y alimentó sus ambiciones de extender su dominio regional. Mientras que Irán ya ejercía una fuerte presencia en el Líbano, a través de Hezbolá, y en cierta medida, en Gaza, mediante apoyo a grupos militantes, la capacidad de Irak de contener a Irán se fundamentaba en su estabilidad interna y su fuerza militar, que durante las décadas de los años ochenta y noventa, le permitió enfrentarse a Irán en una larga guerra que finalmente se saldó en un estancamiento. Sin embargo, la desaparición de este contrapeso militar y político ha dejado un vacío que Irán ha buscado llenar, alterando los equilibrios de poder.

En segundo lugar, el análisis del impacto histórico y político de eventos clave como la Primavera Árabe en 2011 y los Acuerdos de Abraham en 2020 destaca la naturaleza disruptiva de estos acontecimientos en la dinámica de poder regional. La Primavera Árabe desencadenó un período de agitación política y social sin precedentes, derrocando regímenes autoritarios y desafiando las estructuras de poder establecidas en toda la región. En el Golfo, las Primaveras Árabes enseñaron una lección crucial: la mera contención no aseguraba la estabilidad a largo plazo. Reconociendo este riesgo, los regímenes en la región temieron que cualquier resurgimiento del nacionalismo árabe u otros movimientos pudiera amenazar su permanencia en el poder. Buscaron consolidar sus regímenes para resistir tanto las presiones externas como las internas. Esto ha llevado a una creciente tendencia de intervención en países vecinos por parte de las monarquías del Golfo, quienes han aumentado sus contribuciones financieras para evitar la caída de regímenes afines y sofocar posibles revueltas. De hecho, el surgimiento de las monarquías está arraigado en preocupaciones

vinculadas con la seguridad y la continuidad del gobierno: la caída de diversos regímenes autoritarios tras levantamientos populares, el debilitamiento de las autoridades centrales, así como los triunfos electorales de partidos islamistas en Túnez y Egipto, y la desestabilización en Siria, Libia y Yemen, han intensificado esta sensación de inseguridad.

Los Acuerdos de Abraham, por otro lado, se pueden entender teniendo en cuenta lo anteriormente explicado. Es cierto que representaron un cambio radical en la política regional al establecer relaciones diplomáticas entre Israel y varios países árabes, rompiendo con décadas de hostilidad y estableciendo una nueva dinámica en la región. Las monarquías del Golfo han optado por una estrategia más práctica en su diplomacia exterior, buscando asociaciones fundamentadas en intereses compartidos y ganancias recíprocas en lugar de compromisos ideológicos.

En tercer lugar, el papel de las monarquías del Golfo en la transformación de la dinámica de poder regional es fundamental para comprender la evolución del Oriente Medio contemporáneo. Motivadas por preocupaciones de seguridad y la necesidad de proteger sus intereses económicos y políticos, las monarquías del Golfo han adoptado un enfoque más intervencionista en la región, respaldando activamente a actores políticos y grupos militantes afines a sus intereses. Esta intervención ha contribuido a la fragmentación y la inestabilidad en varios países de la región, exacerbando conflictos existentes y generando nuevas tensiones. Además, el fortalecimiento de las relaciones con Estados Unidos ha consolidado la posición de las monarquías del Golfo como actores clave en la política regional, aunque también ha generado críticas y tensiones con otros actores regionales.

Las concepciones tradicionales del pensamiento político panárabe han perdido relevancia, sin embargo, no ha surgido ninguna alternativa política unificada de manera significativa. Además, han surgido fuerzas no árabes, como los kurdos de Irak, Siria y Turquía, que están desempeñando un papel crucial en esta nueva dinámica regional.

Futuras investigaciones podrían versar sobre el impacto de los recursos naturales en la política regional del Medio Oriente, con el fin de comprender mejor sus implicaciones en las relaciones entre estados y en la estabilidad de la región. En particular, examinar cómo los tradicionales pilares energéticos como el petróleo y el gas, que han sido centrales en la

dinámica política y económica de la región, influirán en la dinámica de poder frente a la transición energética hacia fuentes más sostenibles. Con el aumento del interés en las energías renovables y la búsqueda de opciones más sostenibles, es importante examinar cómo esta transición podría afectar el equilibrio de poder y las relaciones políticas en el Medio Oriente. Especialmente, considerando el reciente acuerdo entre Irán y Arabia Saudí para la reapertura de embajadas, podría ser una vía interesante para explorar el papel emergente de China y su influencia en la “pax sina” en Oriente Medio. China, al igual que lo hizo EE. UU en el pasado, está posicionándose como un actor clave en la mediación y en el desarrollo de nuevas dinámicas de poder. La inclusión de este nuevo eje geopolítico es fundamental para entender las futuras transformaciones y relaciones políticas.

Anexo I: Entrevista con Bernabé López García

Bernabé López García se distingue como una eminencia en el ámbito académico, ocupando el cargo de catedrático honorario de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), y co-director del Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos (TEIM), que fundó en 1991. Doctor por la Universidad de Granada desde 1973, su trayectoria profesional se expande más allá de las fronteras españolas, habiendo impartido clases como Maître de Conférences en la Universidad Sidi Mohamed Ben Abdellah de Fez en Marruecos, desde 1974 hasta 1988. Su especialización en historia, migraciones y relaciones hispano-marroquíes queda patente en sus números proyectos de investigación. Además, es autor de obras significativas como “Marruecos y España. Una historia contra toda lógica” (2007), y “El frente de Tánger (1936-1940). Crónica de la guerra civil española en la ciudad internacional” (2021).

Dinámica regional y reinterpretación de las políticas

1. La transición hacia la normalización de relaciones con Israel, liderada por las monarquías del Golfo y la reciente reconciliación entre Arabia Saudí e Irán implican una reinterpretación de la evolución histórica de las políticas árabes y sus repercusiones en la dinámica regional. En particular, los Acuerdos de Abraham han sido interpretados de diversas maneras, desde un avance hacia la estabilidad regional hasta una traición a la causa palestina.

¿Cómo analiza usted estos hitos históricos desde una perspectiva más amplia que abarque tanto sus implicaciones geopolíticas como sus raíces ideológicas?

Creo que la realidad ha cambiado sustancialmente desde el 7 de octubre con el atentado de Hamas y la respuesta desproporcionada de Israel. Los Acuerdos de Abraham han quedado desde entonces deslegitimados (si es que alguna vez tuvieron legitimidad) no solo a los ojos de una opinión pública mayoritaria en buena parte del mundo árabe que los consideró efectivamente como una traición al pueblo hermano de Palestina sino de la propia clase política que quiso impulsarlos y comprobó su inoportunidad. Una “normalización” con Israel pudiera haber tenido un sentido en otra circunstancia, con un

Israel dialogante que no era el caso y nunca con un gobierno escorado a la extrema derecha presidido por quien ha demostrado con creces ser un criminal de guerra.

2. Dada la significativa implicación de la administración Trump en la promoción de los Acuerdos de Abraham.

¿Cómo evalúa usted el impacto de potencias extrarregionales como Estados Unidos, Rusia o China en la configuración del nuevo orden en Oriente Medio?

Estados Unidos, promotor de dichos Acuerdos, deberá repensar su papel en la región, profundamente tocado por su apoyo incondicional al gobierno de Netanyahu. De hecho, en el curso de la guerra de exterminio que Israel ha llevado a cabo en la franja de Gaza desde octubre pasado, se ha visto obligado a ceder un poco en ese apoyo, absteniéndose en el Consejo de Seguridad en la reciente petición de alto el fuego que fue aprobada. Una propuesta anterior de alto el fuego ligada a la devolución de los rehenes hecha por USA fue vetada por Rusia y China, mostrando que estas tres potencias utilizan el tema de Gaza para imponer su hegemonía o contestar la de USA.

¿Considera que estas potencias actúan de forma diferente? ¿Es decir, algunas como agentes catalizadores, aprovechando su influencia para impulsar cambios significativos, y otras más bien como meros observadores que reaccionan ante los acontecimientos regionales sin un papel proactivo en su dirección? O ¿sin querer involucrarse directamente?

Las resoluciones aludidas en el Consejo de Seguridad muestran las evidentes diferencias de juego a propósito de Gaza de las tres potencias. Estados Unidos ha actuado en estos meses de cómplice activo de Israel en su agresión a la franja de Gaza, dando un ligero cambio cuando ha visto que su actuación ha empezado a dañar su imagen ante las atrocidades cometidas por Netanyahu, necesitado de un freno que USA no se ha atrevido a imprimirle por los intereses de los grupos de presión en juego. Hasta el punto de que el alto representante para la política exterior de la UE ha llegado a decir que, en la batalla narrativa sobre Oriente Medio, Rusia se aprovecha de los errores de un Occidente en declive. Ciertamente China es más una observadora.

Ascenso de las monarquías del Golfo y Relaciones Interárabes

1. Desde las Primaveras Árabes y las protestas de 2019 se podría discutir que ha habido un cambio en la arena regional, especialmente un ascenso de las monarquías del Golfo que plantea interrogantes sobre las motivaciones, estrategias y factores clave que han conducido a este cambio de poder significativo en Oriente Medio. Considerando su creciente influencia....

¿Cuáles son algunas de las variables determinantes que han fortalecido la posición de estas monarquías en la región?

En los últimos tiempos ha sido evidente que el ascenso de las monarquías del Golfo en la escena mundial obedece a una operación de blanqueo de sus regímenes en el que la complicidad de los países de Occidente ha sido una realidad. La presencia de sus signos en las camisetas deportivas de los principales clubs europeos, la celebración de las competiciones deportivas como el Mundial Catar 2022, han corrido en paralelo al desarrollo de los Acuerdos de Abraham. Mucho dinero invertido, mucha corrupción que ha tocado hasta el Parlamento Europeo.

¿Cómo se comparan estas posiciones fortalecidas con las de otros países árabes en términos de poder geopolítico, económico y diplomático en el contexto actual de Oriente Medio?

Difícil comparar el poder que dan los petrodólares con otros aspectos. Los pagos de la UE a países como Marruecos, Libia o Túnez para contener la inmigración africana no tienen punto de comparación.

¿Qué papel tiene el surgimiento de actores no estatales, como grupos militantes y organizaciones terroristas, y su impacto en la estabilidad regional?

Desde la primavera árabe de 2011 la importancia cobrada por la sociedad civil que llegó a impulsar cambios en sus sociedades –aunque no concluyeron, salvo en Túnez, en algo positivo- no ha alcanzado cotas notables, dada su desorganización y la represión ejercida contra ella. En un país como Argelia, pese a la presencia durante meses de un movimiento casi espontáneo como el Hirak, no ha acabado por tener un impacto real sobre la vida política del país. Otra cosa han sido ciertos movimientos terroristas, islamistas en su mayoría, que sí que han logrado desestabilizar la región hasta extenderse por regiones vecinas como el Sahel.

2. Ante el surgimiento de nuevos actores y dinámicas en la región,

¿Cómo visualiza usted el futuro de las relaciones interárabes y de qué manera podrían estas relaciones influir en la configuración del nuevo orden en Oriente Medio?

Las relaciones interárabes están en pleno declive. La Liga Árabe carece de la fuerza que pudo llegar a tener en otros momentos (años 70, por ejemplo). La actual crisis de Gaza muestra hasta qué punto su papel en la configuración de un nuevo orden en la región ha sido irrelevante.

¿Prevé un fortalecimiento de la cooperación regional o una intensificación de las rivalidades y conflictos intraárabes en un escenario marcado por una mayor diversidad de intereses y agendas políticas?

Pienso que la cooperación regional está imposibilitada por las rivalidades y las tensiones internas entre países. Fronteras cerradas como las de Marruecos y Argelia, intercambios económicos horizontales exigüos, divisiones políticas con sesgo religioso, regímenes cercanos a los hermanos musulmanes apoyados por Catar frente a otros en órbitas autoritarias cercanas a Egipto, etc. Etc.

3. ¿Considera que la influencia religiosa y la promoción del islam han desempeñado un papel significativo en el ascenso de las monarquías del Golfo, particularmente en contraste con otros modelos de gobierno en la región?

Sin duda. Con dos modelos impulsados desde Arabia Saudí y Catar. Hubo unos años después de las primaveras árabes en las que este último influyó en los gobiernos que se instalaron en Túnez y Marruecos, perdiendo fuerza desde 2022 con la caída del PJD en Marruecos y la irrupción de la nueva dictadura de Kais Saied en Túnez. Las monarquías del Golfo especialmente Arabia Saudí siempre financiaron el desarrollo de un islam político en los diferentes países árabes.

¿Cómo ha impactado esta influencia en la legitimidad y estabilidad de estas monarquías, y cómo se compara con otros factores, como la riqueza petrolera y las alianzas geopolíticas, en el fortalecimiento de su posición en Oriente Medio?

Creo que por encima del factor religioso siempre ha habido una legitimidad tribal en cada una de las monarquías instaladas en el Golfo, que naturalmente explotaron (sobre todo Arabia Saudí, sede de los Santos Lugares del Islam) el factor religioso, pero que vino reforzado por el factor petróleo que les dio un arma política que explotaron en los años 70 y 80 del pasado siglo.

Transformaciones económicas y juventud árabe

1. Los jóvenes del mundo árabe se enfrentan a todo tipo de desafíos. Sin embargo, unos más que otros. Argelia, al igual que Catar, es rico en petróleo, pero la distribución de la riqueza no se hace igual. Suponiendo que es el factor económico el que establece estas desigualdades.

¿Qué diferencia hay entre el manejo de estas políticas en los países del Magreb y los países del Mashreq?

Las diferencias enormes entre países de dimensiones y culturas y tradiciones tan diferentes como Catar y Argelia se manifiestan también en el papel que desempeña el factor petróleo-gas en su política exterior e interior. Para Catar y otros países del Golfo sirve para irradiar una influencia geoestratégica a escala mundo, mientras que Argelia tiene un desarrollo más autocentrado, en el que ya no ejerce la influencia que en otro tiempo tuvo en los movimientos de liberación africanos y despilfarra en una militarización alimentada por su rivalidad con Marruecos. Los jóvenes en Argelia expresaron abiertamente al final de la Era Buteflika su hartazgo de un régimen que los excluye, pero que no dio alternativas en un camino liberalizador en lo político. Por otra parte, las sociedades del Golfo tienen una estructura social en la que los autóctonos gozan de un estatus privilegiado del que la mayoría de la población de origen inmigrante no participa.

Teniendo en cuenta que ambos países tienen una élite política y económica establecida,

¿Cuáles considera usted que son los principales desafíos que enfrentan los jóvenes árabes en su búsqueda de participación política y cambio social en un entorno donde las estructuras de poder tradicionales siguen predominando?

Como he señalado, han expresado (sobre todo en Argelia) su anhelo de libertad, reclamando una participación política efectiva, pero las alternativas ofrecidas por el régimen no han supuesto apertura alguna.

¿Y cómo pueden estos jóvenes superar los obstáculos inherentes a la falta de representación y acceso a recursos frente a una élite política y económica establecida?

Difícilmente. De ahí que pongan sus esperanzas en la emigración hacia Europa u otros destinos.

2. En octubre de 2020, Arab Barometer realizó encuestas telefónicas representativas a nivel nacional en seis países árabes (Argelia, Jordania, Líbano, Libia, Marruecos y Túnez) para evaluar las actitudes sobre los Acuerdos de Abraham. En general, el apoyo es extremadamente bajo en toda la región. En cinco de los seis países encuestados, menos de uno de cada diez ciudadanos está a favor o muy a favor de los respectivos tratados de paz firmados por Israel con los EAU y Bahrein: sólo el 9% en Marruecos y Argelia, el 8% en Túnez, el 7% en Libia y el 3% en Jordania. Estos resultados sugieren que las opiniones públicas árabes no están de acuerdo con las acciones de algunos de sus gobiernos. La opinión pública árabe sigue apoyando firmemente la causa palestina, lo que significa que, sin una solución viable al conflicto palestino-israelí, es poco probable que la gran mayoría apoye que sus países hagan las paces con Israel. Considerando la importancia de las redes sociales y la conectividad digital en la movilización juvenil.

¿Cree usted que estas herramientas están siendo aprovechadas por la juventud árabe para impulsar un renacimiento del panarabismo o para promover nuevas formas de activismo político y social?

Sin la menor duda el problema palestino-israelí sigue siendo un lastre profundo para el desarrollo político en las sociedades árabes. La identificación de la población de todos los países árabes y especialmente su juventud con la causa palestina es algo que viene de lejos, ya desde los años 30 en que empezaba a conformarse un panarabismo sentimental e ideológico. Pero incluso cuando el panarabismo decayó, tras la muerte de Nasser, ese sentimiento nunca perdió pujanza. Las elites tanto del Magreb como del Machrek se han servido del mismo, explotándolo demagógicamente, para justificar unas políticas que, aunque verbalizasen agresivamente su rechazo a Israel, solo pretendían la continuidad de sus propios regímenes. Las juventudes nunca lograron la autonomía para pesar sobre las políticas de sus países. Hoy menos que nunca, pese a que la causa palestina está en carne viva en Gaza y el sentimiento de empatía con ella es mayor que nunca, ni el panarabismo ni las ideologías del islam político presentan una alternativa que pueda darle a esa juventud el peso necesario para imponerse sobre

unos regímenes enfeudados a los poderes fácticos vinculados sobre todo a Occidente, aun cuando mantengan ambiguas relaciones con los otros focos de poder, ruso o chino.

Anexo II: Entrevista con Ignacio Álvarez-Ossorio

Ignacio Álvarez-Ossorio es catedrático de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad Complutense de Madrid. Se ha enfocado en la dinámica del proceso de paz en Oriente Medio y, posee un amplio bagaje académico, habiendo sido profesor en diversas universidades. Ahora participa activamente en el estudio de la política y la sociedad civil de Oriente Medio, desempeñando también un papel en la Agencia de Naciones Unidas para la población refugiada de Palestina (UNRWA). Este académico ha conducido investigaciones sobre cambios sociopolíticos relevantes tanto en Oriente Medio como en el Magreb: “Sociedad civil y contestación política en Oriente Medio: dinámicas internas y estrategias externas”, “Las revueltas árabes: actores políticos emergentes y reconfiguración de la esfera pública en el Norte de África y Oriente Medio”, entre otras.

Dinámica regional y reinterpretación de las políticas

1. La transición hacia la normalización de relaciones con Israel, liderada por las monarquías del Golfo y la reciente reconciliación entre Arabia Saudí e Irán implican una reinterpretación de la evolución histórica de las políticas árabes y sus repercusiones en la dinámica regional. En particular, los Acuerdos de Abraham han sido interpretados de diversas maneras, desde un avance hacia la estabilidad regional hasta una traición a la causa palestina.

¿Cómo analiza usted estos hitos históricos desde una perspectiva más amplia que abarque tanto sus implicaciones geopolíticas como sus raíces ideológicas?

Es un cambio, un punto de inflexión. En mi opinión, esa puesta tan decidida por Estados Unidos por la normalización de relaciones entre Israel y los países árabes, sobre todo las monarquías de Golfo, que son las que cuentan con mayor músculo y con mayores recursos debido a su riqueza proporcionada por los hidrocarburos. Emiratos Árabes Unidos es un país clave en la región, y más lo es, sin duda alguna, Arabia Saudí, que era quizás el siguiente paso en ese proceso de normalización que significaron los Acuerdos de Abraham del año 2020, y como resultado de los ataques

del 7 octubre, ese proceso en la actualidad se encuentra congelado. Es bastante posible que tarde bastante en reanudarse en el caso de que no haya un cambio de actitud por parte de Israel en torno a los derechos legítimos del pueblo palestino.

Entonces, en mi opinión, efectivamente es un cambio muy significativo, pero también viene a demostrar que es muy difícil traer estabilidad a la región de Oriente Medio ignorando la cuestión palestina como pretendía hacer Netanyahu. Es decir, proseguir su política de hechos consumados sin que esto tuviera ningún coste a escala doméstica y tampoco a escala regional. Ya que esa política de hechos consumados está destinada a impedir el surgimiento de un Estado Palestino entre Israel y Jordania.

Los ataques del 7 de octubre vienen a demostrar, de nuevo, la centralidad de la cuestión palestina y la imposibilidad de una reconciliación, de una normalización plena entre Israel y el mundo árabe sin resolver antes esta cuestión.

Entonces hay dos tendencias, en mi opinión, enfrentadas. Por un lado, la dinámica de conflicto por la que aboga Israel y otros países del entorno, como Irán y su denominado eje de la resistencia. Y por otro lado, la dinámica de desescalada que defienden algunos actores regionales, sobre todo Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos, porque precisamente esos ambiciosos planes de desarrollo, en el caso de Arabia Saudí, el plan 2030, chocan de lleno con el conflicto. Una condición sine qua non para llevarlos a cabo es que haya un clima de entendimiento, un clima de desescalada, porque la conflictividad no permite que se lleve a la práctica esos planes de desarrollo tan ambiciosos contemplados en ese plan 2030 defendido por el príncipe heredero, Mohammad bin Salman.

Lo más significativo son esas tensiones entre las dinámicas anteriores de conflicto que defienden algunos actores porque consideran que benefician a sus intereses y además han vivido en esa dinámica durante mucho tiempo como Israel e Irán. Y hay otros actores que rechazan esa dinámica porque consideran que afectan a sus intereses y a sus planes de futuro. En este grupo encuadraríamos tanto a Arabia Saudí como a Emiratos Árabes Unidos.

2. Dada la significativa implicación de la administración Trump en la promoción de los Acuerdos de Abraham.

¿Cómo evalúa usted el impacto de potencias extrarregionales como Estados Unidos, Rusia o China en la configuración del nuevo orden en Oriente Medio?

Es muy interesante esta pregunta que formulas, en tanto en cuanto que Obama durante su presidencia anunció la voluntad de Estados Unidos de replegarse progresivamente de la zona para centrarse en la zona de Asia pacífico. Este relativo vacío político fue aprovechado primero por Rusia y después por China. Estos dos actores no disponen de los mismos recursos. Rusia, después de la invasión del territorio ucraniano, tiene menos presencia en Oriente Medio porque está concentrado en la anexión de unas partes significativas de ese territorio. Mientras que China ha aprovechado esta coyuntura favorable para tratar de fortalecer las relaciones con los países de la zona. Ha firmado alianzas estratégicas con países como Emiratos Árabes Unidos, como Arabia Saudí, también Irán, con la voluntad de incorporarlos a su iniciativa de la Franja y la Ruta. De hecho, se ha convertido en el primer socio comercial de estos tres países y también en uno de los principales, segundo en concreto, y socio de Israel.

Otra vez tenemos esa doble tendencia. Estados Unidos, para la exportación de armamento, que es una de las principales fuentes de la industria norteamericana, le convenía un clima permanente de inestabilidad. De hecho, los países del Golfo, todos sabemos que son los principales compradores de armamento a nivel mundial. China aboga, especialmente, por la estabilidad, es decir, por todo lo contrario. Para que todas esas inversiones que está realizando en el marco de la iniciativa de la Franja y la Ruta necesita todo lo contrario de lo que pretende Estados Unidos, toda esa inestabilidad permanente que favorece a su industria armamentística. Ellos lo que necesitan, China es estabilidad, cooperación entre los países de la región y, por supuesto, resolver los conflictos estructurales de la región, incluido las tensiones entre Irán y Arabia Saudí. Medió el año pasado para promover una reconciliación, un restablecimiento de relaciones diplomáticas en el mes de marzo del año 2023. Y también su voluntad es, por supuesto, intentar resolver el conflicto palestino-israelí, pero consciente de que Israel parece que no está en esa dinámica pues ha dejado el asunto en un segundo plano.

¿Considera que estas potencias actúan de forma diferente? ¿Es decir, algunas como agentes catalizadores, aprovechando su influencia para impulsar cambios significativos, y otras más bien como meros observadores que reaccionan ante los acontecimientos regionales sin un papel proactivo en su dirección? O ¿sin querer involucrarse directamente?

Por supuesto, algunos apuestan por esa inestabilidad estructural porque consideran que beneficia sus intereses y que Estados Unidos podría ejercer esa labor de juez entre las partes y de creación de bloques, sobre todo, para contener la influencia regional de Irán. Mientras que China, lo que quiere es precisamente cambiar esas dinámicas que considera nocivas para sus intereses en la región.

Ascenso de las monarquías del golfo y Relaciones Interárabes

1. Desde las Primaveras Árabes y las protestas de 2019 se podría discutir que ha habido un cambio en la arena regional, especialmente un ascenso de las monarquías del Golfo que plantea interrogantes sobre las motivaciones, estrategias y factores clave que han conducido a este cambio de poder significativo en Oriente Medio. Considerando su creciente influencia....

¿Cuáles son algunas de las variables determinantes que han fortalecido la posición de estas monarquías en la región? ¿Cómo se comparan estas posiciones fortalecidas con las de otros países árabes en términos de poder geopolítico, económico y diplomático en el contexto actual de Oriente Medio?

Efectivamente, en los años 50 y 60, las grandes decisiones que atañían a la *umma* árabe, a la comunidad árabe, se adoptaban en otros países: en Argel, en el Cairo, en Damasco, en Bagdad. Y vemos cómo poco a poco las potencias del Golfo cada vez han asumido un mayor protagonismo hasta el punto en el que se han convertido en actores centrales del sistema árabe. No solo Arabia Saudí, que también tiene un papel muy importante con sus monarcas como protectores de los sagrados lugares de La Meca y Medina, lo que le da influencia a nivel no solo árabe sino también musulmán. También

es importante destacar cómo han emergido potencias medias como pueden ser Emiratos Árabes Unidos y Catar con unas agendas también muy ambiciosas de ganar peso, de ganar protagonismo. Como muchas veces dicen sus dirigentes, pues, situar a esos países en el mapa convirtiéndose en nodos de comunicación entre Europa y el extremo asiático. También en centros de negocios internacionales, la diplomacia del deporte también es muy importante para ambos países, también de los espectáculos y la apertura de museos. En los últimos 20 años podríamos decir que ambos han apostado por unas estrategias que, la verdad, son muy parecidas pero rivales. Antagonizan de alguna manera para ocupar una posición central en el sistema regional y esto ha tenido también implicaciones en el ámbito de la cooperación. En el Consejo de Cooperación del Golfo, donde esas tensiones han imposibilitado que se alcancen algunos logros más relevantes, sobre todo a la hora de fomentar la cooperación de los países del golfo.

Arabia Saudí, que efectivamente tenía un papel importante después del boom del petróleo a mediados de los años 70, ha conservado ese papel y probablemente lo haya incrementado. Habida cuenta que también hay un cambio generacional de personas al frente de la política exterior saudí y, obviamente, la política exterior de Mohammad bin Salman es mucho más asertiva, mucho más basada en injerencias en las políticas regionales y considera que de alguna manera debe tener un papel más central en la región entre otras cosas también porque una serie de cambios a nivel económico, social, y político, sobre todo, a raíz de la primavera árabe amenazaron esa centralidad que tenía Arabia Saudí en el sistema árabe.

Ante esa amenaza que se agravó con la influencia progresiva de Irán en todo Oriente Medio, con sus proxies en Iraq, Siria, Líbano y Yemen, hubo una sobrerreacción, una política que apostó por el *hard power*, las políticas de intervención militar, por ejemplo, el caso de Yemen, bloqueo de Catar y que parece que se ha atenuado, se ha revisado a partir del año 2020 apostando por las vías diplomáticas para resolver los contenciosos regionales. Arabia Saudí, sin duda, sigue ocupando un lugar central en esa región y parecidamente, por esa importancia que tiene, era tan relevante que se incorporase a los Acuerdos de Abraham y al proceso de normalización de relaciones con Israel porque se consideraba que si efectivamente Arabia Saudí establecía plenas relaciones diplomáticas con Israel esto haría un daño prácticamente mortal a la causa

palestina y que perdería el respaldo de países árabes más influyentes después de Emiratos, Marruecos, Egipto, Jordania que se sumara Arabia Saudí a ese proceso de normalización sin duda alguna hubiera sido un golpe probablemente definitivo para la cuestión palestina que se quedaría sin ningún tipo de apoyo a nivel del sistema árabe. Cada uno de estos países optan por diferentes vías, Catar apuesta más bien por el *soft power* utilizando Al Jazeera, los Hermanos Musulmanes, los fondos de inversión, los grandes eventos deportivos para ganar influencia, mientras que otros países como Emiratos parecen más partidarios de emplear herramientas de *hard power* como intervenciones militares, bloqueos de los países vecinos. De hecho, se le llama la Esparta del mundo árabe porque es un país que cuenta con una fortaleza militar de la que carecen algunos de sus vecinos como Kuwait, Bahrein, o como Catar. Cada uno ha intentado buscar su propia vía para preservar sus intereses y obviamente también Emiratos Árabes ha intensificado mucho sus relaciones con Israel, sobre todo en el terreno securitario, militar, con una cooperación cada vez más creciente que no está dispuesto a cuestionar o sacrificar después de los atentados del 7 de octubre, a pesar de la situación de la Franja de Gaza.

¿Qué papel tiene el surgimiento de actores no estatales, como grupos militantes y organizaciones terroristas, y su impacto en la estabilidad regional?

Aquí hay diferencias también relevantes. Sí que es cierto que todos los países de la región, en particular los del Golfo, consideraron la irrupción del Dáesh o del ISIS en escena como una amenaza potencial, pero también es cierto que muchos utilizaron y recurrieron al sectarismo como una herramienta para extender su influencia y tratar de frenar la expansión de Irán a través sus proxies regionales. En lo que hay una fractura importante es en la cuestión, por ejemplo, de los Hermanos Musulmanes. Mientras que hay países que los consideran una organización terrorista como Emiratos, Arabia Saudí, Egipto, hay otros que siguen manteniendo su respaldo a este grupo, incluidos Catar y Turquía que pueden considerarse por hoy sus máximos valedores a nivel internacional. Otro tanto se puede decir lo mismo de Hamas, una organización palestina, pero que surge de la Hermandad Musulmana en Palestina y que también mantiene unos estrechos vínculos tanto con Catar como Turquía que no se han

erosionado después de los atentados del 7 de octubre. A pesar de esas presiones internacionales tan intensas para que esos líderes sean expulsados de territorio turco o catari, ambos países consideran que se trata de una organización de resistencia y por lo tanto no deben expulsar a sus máximos dirigentes.

2. Ante el surgimiento de nuevos actores y dinámicas en la región,

¿Cómo visualiza usted el futuro de las relaciones interárabes y de qué manera podrían estas relaciones influir en la configuración del nuevo orden en Oriente Medio?

Hay una pugna entre los sectores que apuestan claramente por la normalización de relaciones con Israel y aquellos países, cada vez más minoritarios, que siguen oponiéndose frontalmente a una normalización mientras que no se establezca un estado palestino. En este grupo claramente podemos poner a Argelia, en el Magreb que es el que sigue teniendo una posición más militante al respecto. En el caso del Mashreq, claramente tenemos que poner como principales países opositores, por una parte, al Líbano, Siria, a Catar a Kuwait, que siguen defendiendo que se debe supeditar esa normalización de relaciones al establecimiento previo de un estado soberano con continuidad, con cohesión en los territorios palestinos.

El futuro de esas relaciones interárabes sigue siendo de tensión, de enfrentamiento, de conflicto, porque no hay un consenso en torno a la cuestión del proceso normalizador de relaciones con Israel. Y mientras no exista ese consenso, va a ser muy difícil resolver los problemas del mundo árabe en el que, sin duda alguna, los países del Golfo tendrán un papel cada vez más relevante debido a su importancia geoestratégica.

¿Prevé un fortalecimiento de la cooperación regional o una intensificación de las rivalidades y conflictos intraárabes en un escenario marcado por una mayor diversidad de intereses y agendas políticas?

Se puede decir que la situación ha tocado fondo. Hay que tener en cuenta la situación post-Primavera Árabe, en la cual, esas expectativas democratizadoras y de apertura y de reformas que generaron las movilizaciones populares se vieron truncadas prácticamente en todos los países árabes y dieron lugar incluso a un escenario mucho más conflictivo que el que existía antes de las Primaveras Árabes, con estados fallidos como Libia, Siria, Yemen, los cuales prácticamente no han salido de esa situación de guerra civil. No se ha restablecido la autoridad central, el territorio sigue disputado por diferentes grupos armados, hay presencia también de fuerzas internacionales y eso es el caldo de cultivo para la irrupción de grupos yihadistas como el Dáesh o el ISIS.

Todo depende, también, de lo que pueda pasar ahora en Gaza, es decir, si Israel consigue imponer sus planes maximalistas de expulsión de la población, de anexión del territorio. Esto, obviamente, provocaría una escalada regional en la que involucraría probablemente también a Irán y sus aliados regionales. Y obviamente, esto también obligaría a replantear las relaciones que se mantienen con Israel. Sería muy difícil de cara a las respectivas opiniones públicas seguir manteniendo esos acuerdos, esa alianza, en el caso de que Israel abogue por una segunda Nakba, por una expulsión masiva de la población de la franja de Gaza o por la destrucción de Cisjordania. Eso sería un acontecimiento disruptivo que obligaría a reformular las políticas. No estoy diciendo que se forme un bloque anti-Israel que abogue por la lucha armada o por la guerra, pero sí que congelaría de manera indefinida todo este proceso de normalización de relaciones entre Israel y los países árabes.

3. ¿Considera que la influencia religiosa y la promoción del islam han desempeñado un papel significativo en el ascenso de las monarquías del Golfo, particularmente en contraste con otros modelos de gobierno en la región?

Sin duda alguna. Durante mucho tiempo, Arabia Saudí ha instrumentalizado la cuestión religiosa en su beneficio para expandir su influencia a nivel regional e internacional. Promocionando también la versión wahabí, que es oficial dentro del reino, y ganando mucho protagonismo no solo en el mundo árabe sino también en el

mundo islámico. El problema es que esa apuesta por el wahabismo salafí ha tenido también un coste, porque se le ha identificado muchas ocasiones con grupos de carácter subversivo o terrorista como Al Qaeda, el Dáesh o el ISIS. En tanto en cuanto ambos comparten esos postulados de wahabismo salafista.

Entonces parece que Arabia Saudí, en los últimos meses, en los últimos dos, tres años, se está distanciando cada vez más de esa expansión del wahabismo, lo que algunos denominaron la Santa Alianza entre el islam y el petróleo, para asumir unas posiciones más moderadas. Habrá que ver si esa apuesta da frutos en el curso de los próximos meses o años o se revierte en el caso de que sea cuestionada por el clero wahabí o por la vieja guardia que en el pasado controló la política del reino saudí.

Así que sí, efectivamente, la religión se ha utilizado en el pasado y también se utiliza en el presente por países como Emiratos, que abogan por una coexistencia, por un diálogo. Intentando aproximarse a Israel, a Estados Unidos y vender esa imagen de un país mucho más moderado que los de su entorno, que no deja de ser, al fin y al cabo, una campaña de relaciones públicas porque en la práctica, Emiratos, al igual que hizo Arabia Saudí en el pasado, pues siempre se posicionó del lado de los movimientos radicales, de carácter yihadista, financiándolos muy activamente.

Hay un cambio que tiene que ver con el coste que tuvieron que asumir estos dos países por su apoyo a grupos yihadistas en el pasado y está por ver que ese cambio arraigue o sea cuestionado por algunos sectores de las élites gobernantes.

¿Cómo ha impactado esta influencia en la legitimidad y estabilidad de estas monarquías, y cómo se compara con otros factores, como la riqueza petrolera y las alianzas geopolíticas, en el fortalecimiento de su posición en Oriente Medio?

Por supuesto. Esto también es clave. Se suele decir que los inmensos recursos hidrocarburos que poseen todas las petromonarquías de alguna manera han permitido comprar la paz social a nivel doméstico. No ha habido protestas significativas a lo largo de la historia reciente desde que alcanzaran sus independencias nacionales. Entre otras cosas, porque no son países democráticos, son países completamente autoritarios, al igual que el resto del mundo árabe. Pero la población tiene cubiertas

sus necesidades básicas y el estado ha puesto en marcha una economía rentista que ha sido muy favorable, que ha beneficiado a un amplio segmento de la población. Obviamente, más a las élites gobernantes, a la dinastías que hay en cada uno de los emiratos de la región, pero también ha provocado una sensación de bonanza económica que se ha redistribuido equitativamente, llegando a importantes segmentos de la población, de tal manera que esto ha garantizado durante muchísimo tiempo la paz social y la ausencia de movilizaciones populares o demandas económicas de la población.

Está claro que esa riqueza energética ha blindado a todos estos países y lo sigue haciendo en el futuro. Sin olvidar, insisto, que son regímenes tan autoritarios y autocráticos como el resto o incluso más todavía. Existe esta dinámica de autoritarismo digital, es decir, que las redes sociales son sujeto de intensa vigilancia por parte de programas informáticos para evitar que se conviertan en un canal de descontento.

Transformaciones económicas y juventud árabe

1. Considerando las transformaciones económicas en curso, como la diversificación de las economías petroleras y la creciente inversión en sectores no energéticos,

¿Cuál es el papel que estas estrategias desempeñan en la agenda de las monarquías del Golfo para asegurar y fortalecer su posición en el emergente orden regional?

Todos los planes 2030 que se han aprobado en buena parte de las petromonarquías del Golfo consideran una necesidad imperiosa diversificar la economía y prepararse para el día después, cuando los hidrocarburos no tengan tanto peso como el actual. Y esto pasa necesariamente por que el petróleo, el gas no sean un monocultivo y que se genere riqueza por otras vías. Por diferentes, está claro. Por ejemplo, han hecho un esfuerzo muy grande estos países por la apuesta del conocimiento, por la creación de campus universitarios con los estándares occidentales para que esa nueva generación joven se forme teniendo en cuenta los retos de la globalización, para que no tomen

una postura acomodaticia y que se acostumbren a vivir de las rentas que generan los hidrocarburos, sino que estén preparados para asumir papeles destacados dentro de la administración del estado y también para aprender idiomas y estar formados en las nuevas tecnologías. Esto es un ADN compartido, prácticamente, por todos los países. Probablemente Arabia Saudí se haya incorporado de manera más tardía que Catar, Emiratos o Kuwait, pero finalmente, también está dando un gran protagonismo a la educación en todos los niveles porque considera que es clave para cumplir los planes previstos en la visión 2030.

Esa diversificación económica se traduce en muchas cosas. Por ejemplo, en situar a esos países en mapa, convertirlos muchas veces en nodos de comunicación entre Occidente y el extremo asiático no solo en términos económicos, comerciales, con grandes rutas que se insertan en la iniciativa de la Franja y la Ruta china, sino también en términos de población. Atraer el turismo internacional que es una apuesta muy decidida, por ejemplo, Arabia Saudí en la actualidad. Por supuesto, aquí también entran los grandes eventos deportivos. Hemos visto la Copa del Mundo en Catar, veremos la Copa del Mundo también en Arabia Saudí en los próximos años, Fórmula Uno, Gran Premio GPT, tenis, golf, prácticamente todos los deportes más mayoritarios están patrocinados por estos países que cuentan con unos recursos económicos con los que no pueden competir otros actores internacionales. Entonces la promoción del deporte está claro que es un elemento clave en esa estrategia de diversificación económica. La apuesta por las energías verdes también es otro de los elementos a los que se presta mayor atención por parte de todos estos países. Tener una imagen positiva, revertir esa imagen negativa que asociaba a los jeques con el despilfarro muchas veces de los recursos, rodearse también de consejeros económicos que les aconsejan a invertir en los sectores económicos claves de la economía internacional a través de esos fondos soberanos que cada vez tienen más peso, no solo en la economía occidental sino también a nivel internacional. Recordemos en este sentido que los países del Consejo de Cooperación del Golfo se han convertido en el principal inversor nada más y nada menos que de África, desbancando a China, con lo cual es una estrategia muy ambiciosa que se están poniendo muchos recursos sobre la mesa y que requiere estabilidad, y que los conflictos desescalen. Por lo tanto, esa búsqueda de

escalada que buscan algunos actores regionales es totalmente anacrónica y pone en riesgo toda esa agenda de inversiones a nivel mundial.

No depender única y exclusivamente de Estados Unidos ya no solo se mira a Occidente a Estados Unidos, como el garante de seguridad y estabilidad de esa región, sino que también se abren las puertas a la potencias emergentes. Por lo tanto, es importante tener relaciones no solo con China, se han insertado esos países dentro de la iniciativa de la Franja y la Ruta, sino también en general con los BRICS, con los países emergentes del sur global incluida China. Hay una apuesta por diversificar las rutas comerciales y crear una nueva ruta que atravesase el territorio de Emiratos, Arabia Saudí, Jordania e Israel para competir con la iniciativa de la Franja y la Ruta chinas. India también está llamada, con el tiempo, a asumir un papel cada vez más importante en la región, pero hoy por hoy esa influencia es sobre todo de carácter económico, comercial. No se ha producido todavía una influencia de carácter diplomático o político que es un campo que todavía pretende monopolizar Estados Unidos. Esto es interesante, porque ese repliegue que anunció Obama en su momento, de alguna manera ha sido cuestionado por sus sucesores y sobre todo por Biden, que antes de ser elegido presidente, publicó un artículo en *Foreign Affairs* en el cual decía que Estados Unidos tenía que esforzarse por mantener esa posición hegemónica y resistirse a toda costa a esa transición a un orden de carácter multipolar. Entonces ese repliegue se ha visto frenado por algunas de las decisiones del presidente Biden entre ellos su apoyo incondicional para la campaña israelí contra la Franja de Gaza porque considera que Israel sigue siendo su principal aliado en la región y que del mantenimiento de esa alianza depende en gran medida el peso específico del que vaya a gozar en la región en las próximas décadas. Esa puesta por el repliegue por parte de Obama ha sido cuestionada por otro presidente demócrata como es Biden que intenta a toda costa mantener el predominio y el control de Estados Unidos y repeler cualquier injerencia de otros actores internacionales como la Unión Europea o China o Rusia o cualquier actor que amenace esa posición dominante que ha tenido desde la Segunda Guerra Mundial hasta nuestros días.

2. Considerando el panorama de transformación y reconfiguración regional en Oriente Medio,

¿Cuál es su perspectiva sobre cómo las futuras generaciones de líderes árabes abordarán los desafíos políticos y socioeconómicos que enfrenta la región?

¿Qué enfoques y estrategias podrían adoptar para hacer frente a las complejidades de la gobernanza, el desarrollo económico, la seguridad y las relaciones internacionales en un contexto regional dinámico y en evolución?

Son preguntas muy interesantes pero muy complejas de resolver. Los líderes del Golfo, en concreto, tienen una agenda extraordinariamente ambiciosa que probablemente no han tenido sus antecesores en el cargo. Es decir, poner a esa región en el centro de la gravedad del sistema internacional, convertirla en un nodo de comunicación entre el extremo asiático y Occidente y convertirla en actor clave no solo a nivel político, pero también económico, es una agenda extraordinariamente ambiciosa.

Lo más interesante de resaltar es que todos esos planes de desarrollo requieren obligatoriamente un clima de estabilidad, de cooperación, de diálogo para resolver las disputas regionales. Para que esas agendas se pongan en marcha es indispensable cambiar la dinámica de conflicto que prevalece en la región desde hace mucho tiempo atrás. Muchos de estos países coinciden en que es imprescindible fortalecer y normalizar las relaciones con Israel porque es un actor clave y esa posible normalización redundaría positivamente en ambos actores. Pero choca esa percepción con la realidad sobre el terreno. Es decir, que tenemos el gobierno más radical en la historia de Israel, que es un gobierno expansionista que quiere ampliar las fronteras de Israel a toda costa y extender la soberanía israelí al conjunto de los territorios que están en el Mar Mediterráneo y el río Jordán. Que esta pretensión representa una amenaza no solo para la cuestión palestina sino para probablemente para el conjunto de la región y que de alguna manera también pone en peligro esos planes de desarrollo económico que requiere, como hemos mencionado anteriormente, que haya diálogo y cooperación, que haya desescalada y es justo lo contrario de lo que estamos viendo hoy en día sobre el terreno.

La cuerda se está tensando y parece que haya algunos actores regionales, insisto en dejar muy claro, que esos actores son por un parte Israel, el gobierno actual, y por otra parte el régimen iraní, que apuesta a toda costa por la intensificación de las tensiones

y del conflicto, de tal manera que ambos actores regionales representan una amenaza para ese proyecto de desarrollo que abanderan países como Emiratos, Arabia Saudí y Catar también. Todo dependerá de si se resuelven los conflictos estructurales de la región o al contrario se agravan, se intensifican. Va a ser muy difícil llevar a cabo esa agenda tan ambiciosa en el caso de que haya una expulsión de la población o una anexión del territorio. Israel se podría convertir a nivel internacional y a nivel regional en un estado paria. Hay muchas incógnitas sobre hacia dónde vamos y depende de cómo se resuelvan, afectaran al futuro de la región.

Bibliografía

- Agencias. (1979, 26 noviembre). Los ocupantes de la Gran Mezquita de La Meca, reducidos con blindados y artillería. *El País*.
https://elpais.com/diario/1979/11/27/internacional/312505205_850215.html
- Álvarez-Ossorio, I. (2021). La política exterior de los países del golfo pérsico: Dinámicas internas y amenazas externas (Introducción). *Revista Española De Ciencia Política*, (56), 13–19. <https://recyt.fecyt.es/index.php/recp/article/view/90562>
- Amirah Fernández, H., & Fernández Gómez, M. (2015, 24 marzo). *El Golfo y su creciente intervencionismo en Oriente Medio*. Real Instituto Elcano.
<https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/el-golfo-y-su-creciente-intervencionismo-en-oriente-medio/>
- Bardají, R. L. (2003). *Irak: Reflexiones sobre una guerra*. Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, 197.
- BBC News. (2015, 4 abril). ¿Cómo llegó el petróleo a dominar el mundo? Recuperado de https://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/04/150331_iwonder_historia_petroleo_finde_dv
- Becedas, M. (2023, 18 diciembre). Qué está en juego con el colapso de la ruta comercial por el Mar Rojo: no es solo petróleo y gas. *El economista*. Recuperado de <https://www.economista.es/transportes-turismo/noticias/12589375/12/23/que-esta-en-juego-con-el-colapso-de-la-ruta-comercial-por-el-mar-rojo-no-es-solo-petroleo-y-gas.html>
- Boubakeur, H. (1951). La prensa árabe: Su desarrollo y el papel que desempeña en la vida musulmana. Recuperado de Dialnet:
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2495251>
- Brichs, F. I. (2007, agosto). Poder y estado rentista en el mundo árabe. Recuperado de Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos:
<https://revistas.uam.es/reim/article/view/742/730>
- Brown, L. C., & Dawisha, A. (2003). Arab nationalism in the twentieth century: From triumph to despair. *Foreign Affairs*, 82(3), 161. <https://doi.org/10.2307/20033624>
- Cabana, J. L. (1993, 1 diciembre). The Ba'th Party in Iraq: from its beginning through today. Naval Postgraduate School. <https://calhoun.nps.edu/handle/10945/39665>
- Casado, C. (2021, 12 enero). Un análisis geopolítico en Irak. Principales actores e intereses en el área. *Revistas Universidad Santiago de Compostela*.
<https://revistas.usc.gal/index.php/gladius/article/view/7186/11522>

Contreras, J. M. (2020, 26 noviembre). Petróleo: Origen de la hostilidad de Irán contra Estados Unidos. *Encyclopédie de l'énergie*. <https://www.encyclopedie-energie.org/es/petroleo-origen-hostilidad-iran-contra-estados-unidos/>

Danielson, R. Eugene. (2007, 1 junio). Nasser and Pan-Arabism explaining Egypt's rise in power. *Naval Postgraduate School*. <https://calhoun.nps.edu/handle/10945/3381>

De Olazábal, I. D., & Martínez, D. H. (2021). La política exterior de Arabia Saudí: equilibrio entre factores domésticos y externos. *Revista Española de Ciencia Política*, 56, 21-47. <https://doi.org/10.21308/recp.56.01>

Devlin, J. (1991). The Baath Party: Rise and Metamorphosis. <https://www.semanticscholar.org/paper/The-Baath-Party%3A-Rise-and-Metamorphosis-Devlin/6d5aae0d82d863b0ecb35cf7b062066403a3a641>

El Khoury, T. (2013). *Constitución mixta y modernización en Líbano* (1.ª ed., Vol. 1). Dykinson. <https://e-archivo.uc3m.es/rest/api/core/bitstreams/7a3cf0c1-0603-48ff-86f6-8e8cdc47db68/content>

Emergui, S. (2019, 26 marzo). Cuarenta años de paz fría entre Egipto e Israel. *El Mundo*. <https://www.elmundo.es/internacional/2019/03/26/5c989263fc6c830b7a8b45eb.html>

Fariza, I., & Bronte, T. D. (2023, 27 mayo). Arabia Saudí: el nacimiento de una superpotencia en el desierto a golpe de petrodólares. *El País*. <https://elpais.com/economia/negocios/2023-05-27/arabia-saudi-el-nacimiento-de-una-superpotencia-en-el-desierto-a-golpe-de-petrodolares.html>

Fernández, J. (2023, 9 noviembre). La transición energética en Oriente Medio ya tiene ganador: China y sus coches eléctricos. *El Economista*. <https://www.eleconomista.es/motor/noticias/12530410/11/23/la-transicion-energetica-en-oriente-medio-ya-tiene-ganador-china-y-sus-coches-electricos.html>

Gálvez, M. L. O. (1997). *Una experiencia modernizadora en la periferia: las reformas del Egipto de Muhammad Ali (1805-1848)*. <https://revistes.ub.edu/index.php/ScriptaNova/article/view/55>

Hérrnandez Martínez, D. (2023). El nuevo orden regional en Oriente Medio. Editorial Colex.

Hourcade, B. (2018, febrero). Irán se reinventa como potencia regional. *Le Monde Diplomatique en español*: <https://mondiplo.com/iran-se-reinventa-como-potencia-regional>

Kamrava, M. (2018). Hierarchy and instability in the Middle East regional order. *International Studies Journal (ISJ)*, 14(14), 1-35. https://www.isjq.ir/article_89791.html?lang=en

Khalidi, R. (1991). Arab nationalism: Historical problems in the literature. *The American Historical Review*, 96(5), 1363. <https://doi.org/10.2307/2165275>

Khalifa, D., & Hiltermann, J. (2023, 29 junio). *Normalising Relations with Syria: How Significant?* International Crisis Group. <https://www.crisisgroup.org/middle-east-north-africa/east-mediterranean-mena/syria/normalising-relations-syria-how-significant>

Kissinger, H. A. (2002). *Diplomacy*. Free Press.

Knutson, J. (2023, 31 octubre). Where U.S. troops are stationed in the Middle East. *Axios*. <https://www.axios.com/2023/10/31/american-troops-middle-east-israel-palestine>

Larramendi, M. H. (2000). Argelia, Túnez, Mauritania y Libia durante los años noventa: entre el pluralismo autoritario y el ocaso de las masas. *Biblioteca Virtual de Polígrafos*. <https://www.larramendi.es/es/consulta/registro.do?id=19026>

Lomia, E. (2020). Political realism in international relations: Classical realism, neo-realism, and neo-classical realism. *International Journal of Peace Studies*, 7(3), 591-600. <https://doi.org/10.46291/ijospervol7iss3pp591-600>

Lyons, G., & Mastanduno, M. (1995). Beyond Westphalia?: State sovereignty and international intervention. *Foreign Affairs*, 74(2), 160. <https://doi.org/10.2307/20047309>

Martín, C. G. (2006). El conflicto de Irak II. *Conflictos internacionales contemporáneos*, 120. https://publicaciones.defensa.gob.es/media/downloadable/files/links/c/o/conflicto_irak_ii.pdf

Martínez, D. H. (2020). Las monarquías del golfo frente a los cambios regionales. *Universidad Autónoma de Madrid*, 11. <https://aecpa.es/files/view/pdf/congress-papers/14-0/2083/>

Martínez, S. B. (Fecha no proporcionada). Neom: La 'meca' futurista de Arabia Saudí. *Universidad de Navarra*. <https://www.unav.edu/web/global-affairs/detalle/-/blogs/neom-la-meca-futurista-de-arabia-saudi>

Marzuca Butto, R. (2020). *EL auge del panarabismo en el mundo árabe y su impacto en las comunidades árabes en Chile (1918-1967)*. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/181190>

Méndez, S. Y. (2019). Aproximación al modelo de desarrollo nasserista. Posibilidades y límites de la experiencia de modernización económica. *Papeles de Europa*, 29-47.

Miño, P. G. (2014). El alcance de las rebeliones árabes en el escenario regional: dinámicas, actores y diferentes respuestas. *Universidad Complutense de Madrid*, 336.

Montávez, P. M. (2009). Capítulo I: Claves del desencuentro entre occidente y el mundo árabe. *Cuadernos de Estrategia*, 142, 21-47. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3365832.pdf>

Montoto, L. (2023, septiembre 25). Preguntas y respuestas sobre el corredor IMEC, un proyecto que quiere unir la India, Oriente Medio y Europa. *Newtral*.

https://www.newtral.es/preguntas-respuestas-corredor-imec-india-oriente-medio-europa/20230923/#google_vignette

Mouline, N. (2022, 21 noviembre). El wahabismo, instrumento del poder blando saudí. *Política Exterior*. <https://www.politicaexterior.com/articulo/el-wahabismo-instrumento-del-poder-blando-saudi/>

Muñoz, G. M. (2020). Nacionalismos y Naciones Árabes. *Pensamiento Al Margen*, 13. https://pensamientoalmargen.com/13/10_PaM_Nacionalismos_MARTIN.pdf

National Geographic. (2022, 2 marzo). ¿Qué fue la Guerra Fría? *National Geographic*. <https://www.nationalgeographic.es/historia/que-fue-la-guerra-fria>

Ottaway, M. (2014). EE UU en Oriente Medio: el factor militar. Recuperado de <https://www.iemed.org/publication/ee-uu-en-oriente-medio-el-factor-militar/>

Palomino, C. (2021, 28 septiembre). La Liga Árabe, ¿un proyecto fallido? *El Orden Mundial - EOM*. <https://elordenmundial.com/la-liga-arabe-un-proyecto-fallido/>

Pan-Arab nationalism: the Ideological Dream as Compelling Force. (n.d.). *ProQuest*. <https://www.proquest.com/openview/e0e7114e36171cc83380770dfba15756/1?cbl=1819031&pqorigsite=gscholar>

Pedraza, J. Á. (2023, 28 agosto). Arabia Saudí invierte cerca de 2.400 millones de dólares en dos plantas solares fotovoltaicas. *Atalayar*. <https://www.atalayar.com/articulo/nuevas-tecnologias-innovacion/arabia-saudi-invierte-cerca-2400-millones-dolares-plantas-solares-fotovoltaicas/20230825120345189975.html>

Piqué, J. (2021, julio 25). ¿Qué fue del panarabismo? *Política Exterior*. <https://www.politicaexterior.com/que-fue-del-panarabismo/>

Ramírez Echeverri, J. D. (2010). Thomas Hobbes y el Estado absoluto: del estado de razón al estado. Medellín: *Universidad de Antioquia, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*. <https://core.ac.uk/download/pdf/286650091.pdf>

Rich, N. M., & Sheehan, M. (1997). The balance of power: History and theory. *Political Science Quarterly*, 112(4), 727-728. <https://doi.org/10.2307/2657727>

Rizvi, O. (2023, 15 diciembre). De la India a Europa: ¿qué oportunidades y retos traerá el nuevo corredor económico? *EuroNews*. <https://es.euronews.com/business/2023/12/15/de-la-india-a-europa-que-oportunidades-y-retos-traera-el-nuevo-corredor-economico>

Soto, R. (2023, 9 mayo). Qué es la Liga Árabe y qué medidas ha establecido para readmitir a Siria tras doce años. *Newtral*: <https://www.newtral.es/liga-arabe-readmitido-siria/20230509/>

Stone, J. (2007). Technology and the problem of civilian casualties in war. https://doi.org/10.1057/9780230591882_7

Urbasos, I. (2023, enero 4). Supervivencia y transición energética en el golfo Pérsico. *Política Exterior*. <https://www.politicaexterior.com/articulo/supervivencia-y-transicion-energetica-en-el-golfo-persico/>